

EL ACANTILADO

Javier Pérez de Arévalo

EL ACANTILADO

Me duele el acantilado, desde la cabeza hasta los pies me duele. Tengo que descansar y beber un poco de agua, intentar refrigerar el calor que causa toda herida infectada. Mi herida se infectó con polución y asfalto, con ruido y tumulto.

Me han arrancado el acantilado y eso duele; mejor así, de un tirón, rápido y brusco, que no poco a poco sufriendo su lento despegar de mi cuerpo.

Me hieren estas sirenas prostitutas y vocingleras de muerte contingente. Me hieren todas estas caras, todos estos cuerpos ordenados y dirigidos, rebaños sin pastor, su pastor dicen que murió, ovejas pastando dinero, sin trashumancia, sólo la ida y vuelta a casa, al trabajo, a casa, al trabajo, a casa....

Estoy en un tren, tren isleño, no puede ir muy lejos, no es anfibio, si acaso dará vueltas, perímetros costeros, tangentes marinas, caras gordas, rurales, una chica guapa que quiere perder el marchamo pueblerino para adquirir una soberanía ciudadana de poco poder y mucho vasallaje.

Continuo ruido, estos vagones no callan y las personas tampoco; en el acantilado sólo había un diálogo posible: el del mar y el viento, no siempre afable, no siempre cordial, pero eternamente coincidentes. Si uno se cabrea, el otro no se queda impávido. Pero casi sin excepción, era el viento el primero en comenzar y en terminar aquellas discusiones. El mar al final siempre hace lo que le dice el viento.

Una jovencita marca sus tetas, colgando en bandolera un pequeño bolso. La correa le pasa entre sus dos pechos y se los resalta considerablemente; tiernos, lechales. La gorda del fondo se hurga las nupias sin pudor.

El tren arranca, el griterío es ensordecedor, pero el traqueteo resulta agradable. ¿Qué hago yo aquí? ¿por qué he venido a un enjambre? Me caen lágrimas de sangre, no me duelen pero manchan, me pican el billete, tampoco me duele.

La chica de las tetas remarcadas tiene boca de pez, pero no agallas; se ha sentado a mi lado, si lee lo que estoy escribiendo me abofeteará. No huele mal, no huele a pez ni a mar ni a moho ni a ruda pisada. Es un tanto inodora, como su expresión, como sus ojos y su boca íctea. Viste un pantalón azul, será por la querencia marina. De cintura para arriba ha preferido tocarse de blanco, un blanco algo nebuloso. No se mueve, permanece hierática. Sí, es un pez. Desde el acantilado a veces veía a los peces nadando, cuando el mar estaba calmo. Ciento veinte metros de altura son muchos metros, y sin embargo yo veía aquellos peces, también a las tortugas y delfines. Pero hombres ahogados nunca vi.

Es curioso este tren, quizás por ser isleño, quizás por dar vueltas como los juguetes infantiles. Estoy sentado en contra de la marcha, pero no me mareo, es como viajar al pasado, hacia atrás. Me gustaría tocar a la chica-pez, desnudar sus escamas, calentar su fría sangre, palpar sus pechos marinos y comprobar si tienen gusto a lapa o a erizo, rociarles con limón para ver cómo se mueven sus pezones. Es un alevín que merece no ser pescado, que debe nadar libre y evitar anzuelos tentadores, que se le debe contemplar desde lo alto del acantilado, junto al faro, y no intentar tocarlo y mucho menos cogerlo.

El ruido me ha provocado tapones de sangre en los oídos. Me cuesta diferenciar los sonidos, sólo distingo una masa acústica, amorfa como un cohombro de mar. La gente se apea del vagón según pasamos por las estaciones, pero la chica-pezuña permanece a mi lado. Me extraña que no se haya cambiado de asiento al quedar otros libres, que no rehuya mi cercanía. La presencia del silencio nos acerca aunque nuestros brazos no se rozan ni por un momento, ni siquiera el bamboleo del ferrocarril consigue resolver mis dudas sobre la naturaleza de su piel. Desde que se ha sentado a mi lado, no puedo verle su boca entreabierta, ni sus pechos separados por cincha de cuero.

Se ha levantado, nuestros brazos se han rozado dos veces, no me ha mirado. Era un pez.

Me llora el acantilado con lágrimas de leche y cal, de desayuno y de paredes amanecientes donde contemplar el acimut solar. Ahora, desde este barco, le veo alejarse, pequeño, de juguete. El dolor me ordeña los ojos y me arranca lágrimas estériles. Allí está, separado de mis pies y de mi piel, mirándome confuso y rencoroso; me llora el acantilado.

El acantilado me llora con lágrimas amarillas, de pintura en las paredes y lejía en el suelo. Ya no hay cal, ya no hay piedra y el acimut del sol no vigila mis desayunos. Un sexto piso, ¿cuarenta metros de altura?, y siempre ruido, ese pegajoso ruido. Sí, se me ha pegado un ruido.

Esta lluvia es tranquila y los truenos desabridos; lluvia y rayos urbanos. Conozco dependientes de concesionarios, parecen pobres lobotomizados, ¿quizás una lechuga por cerebro?

Aquí no me importan las tormentas, el asfalto las encoge como el jíbaro a la cabeza cercenada. No me asustan sus truenos apagados con sordina de hormigón. Y los rayos...¿dónde caen aquí?

Me chilla el acantilado, me llama a voces como amo que perdió a su perro, enfadado y preocupado, preparando una regañina que parezca justiciera pero sabiendo que la alegría del reencuentro quemará los cartuchos antes de ser disparados.

Yo, sin embargo, ya no puedo gritar, la urbanidad me lo impide. No chillo en la oficina, no chillo en casa y ni siquiera voceo a los perros en nuestros paseos cronometrados. Estoy rodeado de personas parlanchinas incapaces de gritar, de expulsar por la voz toda la porquería acumulada en nuestro corazón, sin un tubo de escape por donde arrojar el CO₂ inconsciente. Me envenena esta mordaza, mordaza educada, mordaza hipócrita y emponzoñada.

Cómo me duele el acantilado, esta desolladura brutal, despellejamiento lítico causado por una determinación pensada, meditada y valerosa, aunque de consecuencias poco previstas.

Me entristece el acantilado, porque se ha quedado otra vez sin farero, ahora que le había cogido el gusto tras ciento cuarenta años de torre y torrero, de luz y lucero.

Los acantilados son lentos para la amistad y lentos para el amor. A lo pétreo no le gusta la prisa. La rapidez es para la carne y no para la roca ni el vegetal. Roca y vegetal siempre se juntaron, aunque no siempre han copulado. Más amistad que amor entre ellos.

Ahora la noche no tiene sentido, sólo tiene sentido para dormir, para descansar y volver al trabajo, pero no para pasear. Paseos nocturnos de lechuzas, pardelas, murciélagos, saltamontes, grillos y los que no conocía; paseos de Casiopea, Osa, Auriga, Orión, Escorpio y las que no conocía; paseos de minutos, de horas de tiempos desconocidos, de ese tiempo eterno al que llaman muerte.

Me mata el acantilado, me mata su recuerdo, sus piedras me sangran por dentro y me despeño por sus ciento veinte metros una y otra vez, matándome en cada caída, rebotando y golpeando mi cabeza que acaba por despejarse de mi cuerpo, oliendo a hinojo marino, hediendo a remordimientos encarcelados.

Aquí todo es una burda imitación: los edificios quieren ser peñas y sus portales cuevas; los inquilinos emulan gaviotas ápteras que sólo se dejan pensar.

El sonido que tengo pegado me quiere hacer el amor pero yo se lo impido y me hago el despistado, el dolorido, el ñoño.

Al acantilado se lo hice un par de veces. Me refiero al amor. Ya dije que son lentos en el querer y nuestros escarceos amorios no pasaron de dos en doce años, que aunque cárnicamente puede resultar una pobre relación, pétreamente es un buen ritmo, un amor intenso y apasionado.

Me quiere el acantilado, me quiere porque me paseaba por sus bordes, porque le miraba con ojos de perro callejero, chuchos de mirada especial, profunda pero vacía. Me quiere también porque me dormía en sus brazos esas tardes invernales de sol juguetón, me quiere porque le acariciaba con manos de cartón y porque no me encuentra, por eso también me quiere.

Pero a mí me canta el acantilado, con su faro giratorio, canciones de cuna. Porque este ruido que se me ha pegado no me deja dormir y yo ya no canto. Cantar debería ser como el mear, para hacerlo cuando te entran las ganas, sin más miramientos.

Aquí nadie canta, quizás por este ruido que todo el mundo tiene pegado, quizás porque se madruga mucho para en realidad no hacer nada, quizás porque no hay tiempo. Pero esto último no puede ser porque para la meada siempre se encuentra un ratito. Si no meas te mueres, pero si no cantas es que ya estás muerto. Aquí los que cantan cobran por ello y eso no es lo mismo.

Me duerme el acantilado con su ro-ro voltinero, pero no me duerme. Me canta, me chilla, me arrulla, pero ya sólo le recuerdo pequeñito, de juguete, como cuando le vi por última vez desde aquel barco cercenante.

¡Mujeres!

Hembras por doquier, bien formadas, tetonas, culonas, de insinuante andar y pícara mirada, blancas, negras, tostadas y amarillas, hembras amables con sus ruidos pegados, ruidos que cuelgan de sus ojos, de sus oídos o de los propios pechos, algunas con ruidos vaginales, femeninas sonoridades que a mí no se me han pegado.

Aquí se ven hembras, mujeres, féminas, chiquillas, muchachas, mocosas, putillas, señoras y abuelas. ¿Por qué algunas me miran con cara extraña? Quizás el acantilado me dejó huella, quizás tenga deformidad pétrea o a lo mejor sólo un fósil puede entenderme; pero cual: ¿el amonites?, ¿el trilobites?, este seguro que no, conozco uno y es un cabrón.

Me llora el acantilado con lágrimas de piedra que se parten al caer. La gente las mira hechas añicos y algunos se asustan al oír su quebranto estrepitoso. Me tengo que esconder para que no me vean así, y porque estas líticas lágrimas pesan demasiado; sentado es mejor. Mis ojos se agrietan y ningún hinojo marino prenderá en esos resquicios, tampoco el halcón querrá hacer allí su nido y ni siquiera el viento gustará de su cobijo. Sólo el ruido se esconderá y el hielo expandirá sus brazos hasta romper mis córneas cegando al torrero sin torre y dejando que se caiga por un acantilado que ya no puede ver.

Pero las montañas aquí se dejan mirar. Parecen tetas, parecen barrigas, parecen culos e incluso parecen montañas. Me hablan las montañas y me enseñan su gramática especial. Una vez la estudié pero ya casi ni me acuerdo, aunque entenderlas, las entiendo. Quizás algún día les escriba una carta, quizás les envíe mi dirección, a lo mejor les propongo un paseo, pero no sé que me contestarán. No sé si gustarán mucho de un torrero sin torre, no sé si les agradará un asiduo morador de acantilados; montañas y acantilados no suelen entenderse, unas gustan del cielo y los otros del mar y con gustos tan diferentes sólo el horizonte puede congeniar.

El horizonte es charlatán y con tal que le escuchen igual le da si es joven o viejo, mar o laguna, estepa o cielo, montaña o trigal.

Me toca el acantilado, él no lo sabe pero me está tocando y yo no digo nada. Me toca la memoria cuando el sol se despide aquí un tanto desabrido entre balcones alineados. Me toca cuando al despertar y salir de este cubil, no huelo el rocío que por la

noche lavó a la piedra. También me toca cuando oigo lo que parecía pardela nocturna sin ser más que niño caprichoso.

Y al desayunar deprisa, y al caminar sobre suelo aplastado, y al vestir limpio, y al ducharme por las noches, y al mirar el ordenador, y al mirar el ordenador, y al mirar el ordenador.

Sí, él no lo sabe pero me toca cada minuto del día. ¿Y por la noche? Por la noche nada me toca, sólo un vacío me acaricia.

Hoy he descubierto una isla. Hace días que la observo desde este océano duro, pero nunca me llegué hasta ella. Hoy por fin lo hice, me aislé, me acerqué a sus costas verdes y subí a lo alto, donde antaño colocaron un castillo. Es una isla verde donde pude ver el pino y el lentisco, el acebuche y la hiedra, donde olí al nopal y a la ruda, donde escuché la paloma y la abubilla, el petirrojo y el carbonero; al mirlo sólo le vi pasar asustadizo. He vuelto a pisar piedras juguetonas, a pasear por un suelo revelado, a ver a mi perro correr, pero no sé por qué no tuve ganas de cantar ni tampoco de gritar.

Vi al jubilado pasear, con su cara de maniquí arrinconado. También vi a dos deportistas correr, isorrítmicamente, como caballos de exhibición, y todo el mundo me saludó. ¡Cuanta gente educada! En el acantilado no había educación, ni buena ni mala, sencillamente no había.

Hoy hasta una paloma me ha venido a saludar. Yo estaba sentado en un banco cercano al castillo isleño, cuando de forma repentina y desacostumbrada para mí, vi cómo una bonita paloma se me acercaba volando y se paraba a escasos dos metros de distancia. Me miró y me saludó. La contesté y se fue. Me gusta la educación; ya sé que es hipócrita y que la no educación es clara y transparente aunque tosca y bruta. Pero la mala educación, esa es imperdonable, además abunda y se propaga como la peste. No hay cuarentena para estos apestados, ni botica que la remedie. La no educación es muy diferente de la mala educación, la primera se extingue como esas especies que sólo sobreviven en zoológicos esperando poder ser reinsertadas otra vez en su hábitat natural, esperanza inútil porque su hábitat nunca volverá.

Por eso me gustan los educados, porque los mal educados colonizan países enteros arrasando los pueblos con su grosería. Ejércitos de groseros con la zafiedad como paracaídas han invadido la sociedad.

Así que la cortés paloma casi me hizo cantar, pero casi me hizo llorar.

Es bonita esta verde isla de pino y acebuche. Creo que cogeré la chalupa a menudo, que costearé su perímetro y que indagaré en la historia de sus piedras, en sus mazmorras de torturas encerradas.

Una isla en el asfalto. Una isla en el corazón. Son necesarias las islas, pero las islas de las que poder salir; son bombas de oxígeno, son bombones al atardecer.

Las otras no; las isla-araña te depredan con sus inscritas fauces. Primero caes en sus redes, después te inmovilizan y al final te succionan poco a poco hasta secarte el corazón. Sí, yo estuve en una isla araña pero su tela se rompió pudiéndome escapar de allí.

Sin embargo, esta de hoy es una isla-flor, donde puedes libar sin miedo a que se cierren sus hojas dentadas y te digieran extraños líquidos corrosivos. Me gustan las isla-flor.

Las personas tenemos tanta necesidad de islas que hasta las inventamos con nuestra imaginación y nos fabricamos islotes de diversos colores y formas. Pero al final siempre se reducen a lo mismo: islas-flor o islas-araña. Los que se inventan la segunda se suelen auto devorar.

Ayer encontré una pequeña flor en el asfalto, por la noche y de manera sorprendente, como aquella Datura que tantas veces de retorno al acantilado contemplé con su blancura abierta. Aquellos retornos en noches cerradas con luna de rítmico rielar. La flor crepuscular de ayer tampoco era como aquellas violáceas que tapizaban el suelo rocoso después de las primeras lluvias otoñales, ni como la del romero o el tomillo. No, la flor que ayer me encontré, era flor de asfalto, tan bella como la ilusión, hecha para la vida. Su perfume me embriagó y su color me cautivó tanto que canté. Sí, canté por dentro, canté en sueños despiertos con la boca cerrada y en silencio, pero canté. Le di las gracias a aquel ejemplar de tan extraña flora del hormigón, y me recordó que ella no era la primera flor de este tipo que veía, y me recordó aquellas otras que en su día encontré, y me refrescó la memoria fosilizada en el umbral que existe entre la roca y el aire, y por eso canté; en silencio pero canté. Querida flor de pétalos apantallados.

No sé si es por mi descubrimiento floral de ayer noche, pero hoy me encuentro felizmente estúpido, bellamente imbécil. Pero no la estupidez del amor, no ese tesoro que un día encontré y que guardo en mi viejo arcón de madera y plástico. Diréis que no podrá ser tan viejo si fabricado está con esa extraña combinación. Pero es que el plástico se lo puse yo, para poder tener ese amor bien cuidado y protegido, sin dejar de verlo ni un instante.

No, la estupidez que hoy me ilumina es la del esclavo feliz, el que no es maltratado sino por el contrario, protegido y alimentado, sólo a cambio de su libertad. ¿Pero sabe alguien lo que es la libertad?

La esclavitud del chupatintas, hoy me hizo feliz; un orgasmo de oficinista me ha recorrido el cuerpo mientras rellenaba de manera descerebrada y automática cajetines vacíos de facturas muertas. Números, números y más números, nirvana del plumífero, éxtasis del oficinista sumiso.

No miento ni quiero mentir. Fui feliz numerando aquellos cajetines, vacíos como ataúdes de escaparate. Yo sólo tenía que endosarles el cadáver, el 3110102, el 4110101, hoja tras hoja, rutina divina sin la que nada es posible. Sin un corazón rutinario el

hombre no tendría sentido. ¿Pero tiene sentido el hombre? ¿Y el torrero sin torre? ¿Y la lluvia sin cielo?

El aburrimiento del muerto que espera pudrirse. Quizás sólo eso tenga sentido.

Me duele menos el acantilado, con sus piedras de algodón, pero me duele. Me cubre las heridas con sus piedras de algodón y me tranquiliza. Me dice que no moriré desangrado ni por tétanos ni septicemia enrocada. Me dice que me ha encontrado y que me perdona lo que nada tiene que perdonar, porque para eso fue un amigo. No puedo ver el aire pero no me asusta. No puedo oír la mugre, pero debe ser normal, como ser insensible al vacío.

El acantilado me dejó un vacío, pero ese sí lo siento, porque no es lo mismo un vacío que el vacío; el primero es daga mortífera mientras que el segundo principio y final, caras careta, cuerpos maniquí.

¡Una flor en el culo! Que cosa más singular es el esnob que pretende perfumar lo que huele mal. Mala mezcla la del perfume y el hedor, que le pasa como al que adula y es traidor.

Curiosos esnob de blandas manos, de duras manos, de gordos cuerpos, de flacos cuerpos, curiosos esnobs multiformes, maleables, transformables y bilocables. Ya quisiera el chamán tener sus aptitudes.

Me miraba el acantilado mientras un fuerte café con leche y un endurecido croissant, intentaban mantenerme despierto en este mediodía urbano. Me contemplaba callado, como el naturalista lo hace con su ejemplar elegido para el estudio, como el ermitaño contempla el aire. Me miraba y me veía ahí sentado sin nadie a quien hablar, rodeado de un vacío infinito, infinito pero tranquilo, tranquilo como un charco; ¡eso es!, el acantilado miraba al hombre charco.

Me he encontrado un pez, muerto en una acera; muerto y seco, mirando un sol todavía oculto, nonato. Quizás quiso ver amanecer sin las lentes que el mar le impone. Quizás quiso beber el aire y nadar en el cemento. Pero el acantilado me dice que no, que eso pasa, que el asfalto les engaña con su brillo malandrín, y ellos piensan en mares quiescentes dándose de bruces con duras mentiras, espejismos de soñadores, sueños de azogue e ilusión, como los de muchos otros, no sólo peces, no sólo pájaros, no sólo imbéciles.

El azogue y la ilusión, peligrosa mezcla resulta. Calidoscopio de cuchillas que pueden herir tus ojos y tu corazón.

Pero me cuenta el acantilado que a veces ocurre que el pez encontró su quiescente lago y el pájaro su arboleda de cristal, que los imbéciles subieron al sol sin abrasarse y las tortugas nadaron panza arriba en un aire embriagador.

Pero me duele el acantilado porque allí nunca encontré un pez muerto, seco, esperando ver un amanecer negro. El acantilado es tan alto que a ningún pez podría engañar y tan no educado que a ningún pez quiso engañar. Como tampoco engañó a los que un día decidieron desde su orilla saltar; ni los empujó ni les frenó, sólo les miró. Les miró como me mira ahora, en estos desayunos silenciosos, entre un montón de horas, amontonadas como basura de un tiempo desperdiciado, desperdicio horario que nadie podrá reciclar, porque el tiempo perdido, a ese sí se lo traga el mar.

Me despierta el acantilado con sus piedras de hilo gris. Me despierta con su voz de bajo retirado y su olor a horas húmedas, ese perfume de líquenes incrustados que me recuerda lo que es el pasado; el presente nadie me lo puede mostrar porque se resbala entre las manos como pescado huidizo.

Me despierto, ¡y qué...! Me despierto pero no me despierto, porque el mero hecho de levantarse de una cama caliente, desayunar un fugaz café y encaminarse al anodino trabajo no quiere decir que estés despierto, porque algunos ni siquiera lo están cuando hacen el amor, ni cuando cagan, con perdón. Les hay que duermen en vida desde que nacen hasta que les comienza a recorrer por el cuerpo una rigidez desveladora, un calendario sin hojas, único poseedor del secreto tan guardado, de la cuadratura del círculo, de la esfericidad del cubo, del presente explicado y demostrado, con su fórmula escrita.

Pero yo sentado en esta mesa dormida, de mañana anodina, sólo siento el acantilado y su pájaro azul marino, el que venía a cantarme su canción, el que se subía a lo alto del faro para hacer de gallo en la veleta atascada, el que me dijo un adiós extrañado al ver que guardaba toda mi casa en un garaje y que con sólo una maleta y algunas cajas me alejaba con mi coche de color blanco oxidado. El mismo pájaro que sospechó que ese no era un adiós como los otros, aquellos adioses de quince días, porque este olía raro, olía a pena y desesperación, olía a despedida de jabón, lavada y perfumada para intentar quitarle ese fuerte olor a adiós.

Cuando un adiós huele fuerte, los perros y los pájaros saben que es para siempre. Y mi pájaro azul marino así lo olió, y se lo dijo al acantilado, y se lo dijo al faro, y se lo dijo al halcón aunque a este no le importó. También le dijo al mar lo de mi salida apestada y este se preocupó y se preguntó por el faro y por su luz, y no dejaba de pensar

en el sentido que pudiera tener un torrero sin torre, y un faro sin farero; también pensó en castillos sin piedras dándose cuenta de que las piedras sin castillo siempre habían abundado por aquí y por allí. Así que le preguntó al pájaro azul marino por la fórmula del presente pero este enmudeció, dejó de cantar al sentir una extraña rigidez que comenzaba a subirle por ese dedo unguiculado, y se largó de allí volando en un aire que no cuestiona, dejando al mar con su pregunta sin respuesta.

Llueve dulce; lluvia de azúcar y remolacha. El petirrojo se ha callado porque prefiere oír la canción del agua que la suya propia; las motos y los coches no le dejan escuchar, pero llueve dulce.

Hay una fotografía que me espeta recuerdos. No me agradan esas fotos que te obligan a recordar, que te alborotan sin orden ni tino la memoria, que te marean los cinco sentidos como gallinas ponedoras, para acabar poniendo un huevo huero.

Menos mal que la tengo a mi espalda, que sólo la miro cuando entro en este despacho de tafetán apolillado en el que las horas duermen su narcolepsia carcomida.

Apolillados y carcomidos veo deambular algunos cerebros, encajonados en cráneos osteoporóticos y frágiles; meras telas óseas que envuelven, mentes listas para servir, en su justo punto de salazón, curadas en aires acondicionados de primera calidad, con marchamo nacional y certificado sanitario anual. ¿Denominación de origen? Esto creo que todavía les falta. Pero todo es ponerse.

¿Cómo acabará mi cerebro?

El asfalto me cansa con su aplastada presencia. Soy como un pez abisal al que la presión de las profundidades ha moldeado dejándole su foliado perfil.

¿Y mi abismo? ¿Qué moldura me tendrá preparada? ¿La del loco? ¿La del suicida? ¿La del imbécil?...¿o la del nadie?...el nadie abisal.

Hoy me he cruzado con unos cuantos nadies cuando descendía como cada mañana a estas aguas oscuras, donde el sol no llega, donde seres cegados por la oscuridad han desarrollado curiosas lucecitas que les permiten moverse por entre el insondable hormigón. Lucecitas de colores que mantienen en sus cuerpos tan pegadas

como el ruido. Lucecitas que algunos toman por astros cuando no son más que gélidos destellitos producidos por unos corazones bombeantes de burbujas vacías.

El cansancio endurece mis ojos y les dice que no hace falta ver para vivir, pero mis pupilas no quieren escuchar; ellas sólo quieren jugar con aquel pequeño acantilado que contemplaron desde el barco cuchillo.

El asfalto no es jugueteón y los nadie abisales se olvidaron de cantar. Tengo que subir, mantenerme en la superficie para no ser aplastado, ¡ser un ser superficial!, esa es la única manera de sobrevivir aquí, nadar en la superficie del cemento, capear sus zafias olas quebradizas y no bucear ni buscar tesoros hundidos de antiguos naufragios, no escuchar el canto de sirenas prostitutas y olvidarse del sol. Pensar en un sistema semaforocéntrico; semáforos entorno a los cuales desarrollamos nuestras órbitas excéntricas, semáforos que ordenan el universo, panteón de dioses rojos y verdes, de intermitentes cíclopes naranjas que se quedaron sin ser ni rojos ni verdes.

Cosmogonía urbana donde los hacedores nadies giran y giran, hablan y hablan, hacen y hacen, ¡pero donde coño caen los rayos aquí!

Me gustan estas horas cansadas, de sillas espectrales que en su vacío reposo guardan figuras reclinadas. Sillas que contemplan esculturalmente a todo aquel que osa entrar en su cansino despacho, sillas calladas de frío respaldo, asiento de culos ordenados y mentes obedientes.

Me gustan estas horas cansadas en las que mi pegado ruido me aprieta obscenamente la cabeza entre sus piernas. Pero yo no le haré el amor, su insistencia me repele y sus muslos me parecen gritos aherrojados.

Este cansancio me crece como cáncer de almohada, necrosis ósea difícil de localizar, sombra agotada que le cuesta seguir al cuerpo madrugador. Cuerpo hacedor de naderías estipuladas.

Sombra sin hálito, que sueña con una eterna noche para no tener que trabajar. Soy sombra de lo que fui y a mi pasado continuo pegado, sólo el acantilado se me fue al rincón de los juguetes rotos.

Aquí el viento juega raro; juega a juegos de escondite, aparece por una calle y se esconde en la siguiente. ¿Dónde se ha metido? El viento callejero es pícaro, no puedes fiarte de él. A través de las ventanas de este saturnino bar, le contemplo corriendo de callejón en callejón, ahora empujando una vieja, quitándole el paraguas a una niña, tirando luego una pequeña señal de tráfico, parece un saltimbanqui este curioso vientecillo. Si lo viese el acantilado le reprendería por su actitud, le soltaría una larga perorata acerca de las buenas costumbres que un viento debe contemplar, sea del Norte

o del Sur, del NE o del SW, para el acantilado no hay excepciones en cuanto a la ética eólica; él bien sabe que los norteños son algo más fornidos que los algo enclenques vientos del mediodía, que el SW tiene el genio más quebradizo y alterable que el NE, el cual si se cabrea es con motivo. Pero la sinceridad, la justicia y la belleza, deben ser virtudes de todo aire en movimiento, desde la brisa al huracán.

¿Pero cómo puede ser el viento sincero y justo?

El acantilado me hablaba de las nubes, de cómo algunas son los correos que los vientos utilizan para comunicar sus visitas, de por qué hacen este trabajo en agradecimiento al soplido que las hace moverse y gracias al cual las nubes viajan gratis de aquí para allá. A cambio sólo tienen que avisar de vez en cuando la llegada de este o aquel temporal, el cambio de turno, porque los vientos hacen turnos ya que no se avienen bien si se encuentran. Por todo ello es sincero el viento.

-¿Y justo?

Pues en aquellas charlas vespertinas me contaba el acantilado que la justicia del viento era la injusticia del hombre. Y ahora yo tendría que preguntarle por la anciana caída en el suelo y la niña sin paraguas, pero está muy lejos para contestarme, y el asfalto es mudo o sordo o se hace el sordomudo; su silencio me exaspera. ¿Por qué no me habla el asfalto?

Otro lunes sin amanecer, otro día sentado frente a estas sillas de escrutadores respaldos, otro montón de horas para desperdiciar, para tirar al cubo de basura de mi vida, que se irá llenando de tiempo maloliente, de minutos y segundos en descomposición sin ningún gusano que se los coma. Esa es nuestra gran tragedia: que el tiempo desperdiciado a nadie le aprovecha y se queda ahí pudriéndose hasta el día de nuestra muerte, hasta el día en que de tanto haber desperdiciado nuestra vida apestamos a residuos y soñamos con una cloaca donde descansar.

¿Pero es verdad que a nadie le aprovecha nuestro tiempo basura?

Nuestro tiempo no, porque ese es intransferible, pero lo que hagamos durante ese tiempo, eso ya es harina de otro costal; el resultado de esa vida perdida va a parar a un inmenso contenedor al que llaman progreso. El asfalto sabe mucho de todo esto pero el muy puñetero sigue callado sin contestarme; ni las sillas vacías; ni los flexos torcidos; ni los brillantes suelos; nada de lo que me rodea este día sin sol contesta mis preguntas, sólo yo me respondo y eso no me ayuda.

El jefe llega, he de sacar las bolsas y comenzar a llenarlas de minutos vacíos, he de practicarle la sangría que me permita acceder a esos números que cuando acaba un mes les llaman dinero. Las putas entregan su cuerpo y cada amanecer convierten sus pechos y sus vientres en números venéreos; yo entrego mi vida a un chulo milenario para el que la humanidad decidió prostituirse por unos pocos números. ¡Sí, un lupanar pitagórico!

-¿Tu que dices, asfalto?

Si ayer fue lunes, hoy debe ser martes, aunque poca es la diferencia. Para el desperdicio no hay días mejores que otros, todos son desperdiciables.

La rutina basura me sodomiza de tanto estar sentado. Siempre admiré a la rutina, pero a la otra, la del sol y la luna, la que le llevó al Nolano a la hoguera por pensar que el sol fecundaba a la tierra. Mi nueva rutina es estéril, es rutina de usar y tirar, rutina de todo a 100.

Ahora ya no queman a nadie por pensar lo que el bueno de Giordano, si acaso te quedas sin números a final de mes. Alguno ha pensado que Giordano Bruno Nolano fue un espía que trabajaba para el gobierno de la pelona Elisabeth. ¡Vaya usted a saber! En cualquier caso no le torraron por espía, sino por pensador; sí, por pensar en el infinito y por desconfiar en el comercio, en los colonos, en la maldita manía de los europeos de querer convertir todo lo que encuentran en una copia de lo que ya conocen, sin respeto a lo diferente, con miedo a la diferencia.

Por eso me miran estas europeas sillas y me preguntan un tanto groseras que qué hago yo aquí si soy diferente, que mi cara es rara y mi mirada también, que huelo a piedra y a musgo, que soy torpe y atolondrado, que no trato con suficiente mimo a estos papeles ni les hablo como un oficinista debe hablar.

Pero yo les respondo que qué saben ellas de piedra y musgo, que para ellas eso no son más que palabras correteando por la pantalla de su ordenador, y las palabras no huelen, duelen, que no es lo mismo. Y les pregunto si no han visto otras caras diferentes llegar a estos despachos, y les pregunto si no han contemplado su lenta metamorfosis como Gregorios kafkianos.

También les pregunto si no seré yo otro Gregorio y las muy putas se callan. Pero no puedo gritar, no, aquí ni grito ni canto.

Me duele el acantilado.

Las mañanas sin sol se suceden. ¿Lunes?, ¿Martes?, ¿Viernes?... qué más da cuando se repiten los días basura. Los días basura son todos iguales, son rincones de un desierto por el que te ves obligado a arrastrarte.

Uno de mis zapatos se quita el lazo del cordón cuando cada mañana sin sol llegamos aquí. No sé si lo hace como protesta, por descuido o por simple neurosis obsesiva. No estoy acostumbrado a los zapatos, no sé que piensan. Creo que mi par de zapatos no están bien avenidos. Suele pasar con las parejas forzosas, la de los civiles, la de los torreros con torre, los divorciados sin divorciar, Caín y Abel y en fin...un largo etcétera.

Es curioso, pero este día basura me da risa. Me gustaría saber por qué motivo quiero reírme de las sillas y de los azulejos, de las mesas y los ordenadores, de mí y de yo. Debe ser risa basura, de esa que se repite automáticamente sin causa aparente. Pero no creo que haya risa basura, porque nadie la quiere dentro de los cubos; cuando se ríe se agita tanto que acaba por tirar los desperdicios al suelo. No, no hay risas basura, porque aunque se repitan mecánicamente no despiertan a los niños. Pero sí hay risas malolientes, las que se ríen del perro y del árbol.

-¿Qué tipo de risa es esta que me sale por las orejas?

-Yo no lo sé, que me lo diga el risólogo, que sea él quien le ponga nombre y me la arranque por la nariz para mirarla al microscopio. Que sea él quien la meta en un frasco de cristal, ahogada en formol, como muestra inequívoca del gregorismo de un exiliado.

El tiempo se ha sentado sobre una de estas sillas escrutadoras y me mira con cierto desparpajo.

-¿Qué haces aquí, tiempo? Yo pensaba que aquí no entrabas, que nos mirabas desde la calle observando nuestros ensillados cuerpos a través de estas ventanas esclerotizadas.

-Hay tiempo para todo.

-Entonces... ¿tu eres el tiempo basura?, ¿mi tiempo basura?

(El tiempo se ríe y arquea las cejas, como esperando que me conteste a mí mismo.)

-¡Ah! Ya entiendo. Has venido por el asunto de mi risa. ¿No te gusta que quiera reírme? Además, yo no me he reído, sólo tenía ganas de hacerlo.

-Si te pones así me voy y santas pascuas... (y el tiempo se va.)

-¡Qué tiempo más raro!, aunque he de reconocer que su compañía me agradaba, su perfume, su brisa...su sonrisa, su *sunrise* en esta mañana sin sol.

Hoy ha amanecido, me lo dicen las gaviotas y las chimeneas de las casas. Estas son nuevas para mí; antes nunca había hablado con ninguna, en el acantilado no las había. Son unos seres muy curiosos. Desde este despacho puedo contemplar una, de ladrillo rojo, con un ojo rómbico justo encima de una especie de cornisa que le rodea el cuerpo como si fuese un flotador de rancio bañista. Sobre ese ciclópeo rombo se toca esta sacahumos con un sombrero, tejadito puntiagudo que le proporciona un aspecto feérico.

Lo que más me choca es el contraste tan fuerte que se produce entre ella y el edificio al que sirve. La chimenea parece diseñada por los hermanos Grim, mientras que el edificio podría pertenecer a un sórdido barrio Dickensiano, almacén con cristales rotos y ventanas oxidadas.

¿Qué hace un cuento de hadas junto a una lista de facturación?

-Sacarle el humo. (Me dice un pequeño búho que se ha posado sobre mi ordenador.)

-¿Qué?

-Sí hombre, le saca el humo que el dinero produce al quemar los corazones. Comprar, vender, comprar, vender, esa continua fricción hace saltar la chispa que luego con la ayuda del tiempo basura, arrasará todo lo que pille a su paso. El tiempo basura es el oxígeno que proporciona la combustión.

-¿Pero qué consigue la chimenea sacando el humo de ese mísero almacén?

-(El búho me mira por encima de sus gafas) Pues que no nos asfixiemos. Aquí no todos somos nadies, hay otros peces en este abismo, ya los irás encontrando, ya sabrás a quien me refiero. Gracias a estas chimeneas hay otros peces en el abismo.

El búho se ha largado del despacho, ¿se habrá ido a otro ordenador?, ¿dónde tendrá su nido?

La chimenea sigue ahí, detrás de estos cristales. No sé quien mira a quien. ¿Cómo no me había fijado antes en ella? Quizás algún día me hable. ¿Será verdad que hay otros peces aquí?

Quizás el acantilado me mintió. A lo mejor existen otras cosas de las que él no me hablaba. Puede que sus piedras no fueran de algodón. Estoy confundido.

Me confunde el acantilado.

He visto a la chica pez, nadando en el asfalto, pasó a mi lado pero ni me miró.

Me aplasta el acantilado. Sí, me aplasta con su granítica ausencia, me tritura los huesos y el alma, me asfixia la presión de su recuerdo. Y este ruido no me deja dormir, este pegajoso ruido me quita el sueño cada vez que lo agarro para mí. No permite que me duerma, es un ruido absorbente, un vampiro succionador de sueños, de quietudes. Esta ruidosa garrapata engorda a costa de mi descanso, ¡tengo que arrancarla!, he de dormir un poco, conciliar esa muerte pasajera que me permita reunirme con el acantilado, volver a ver la luz de su faro, rellenar la torre con su torrero. Ruido y barrotes, este es el liviano ropaje que me abriga de la muerte. Barrotes de aire viciado que me trepanan cada hora del día y de la noche.

¡Putas sillas boyeras! ¡Malditos ordenadores sumisos! ¡Estúpidos nadies abisales! Dejadme dormir el sueño del sentenciado, dejad que me abrace el acantilado hasta que el verdugo me lleve al garrote y me desnude cumpliendo la orden que manda acabar con los inútiles, con los herejes del asfalto, con los apóstatas de la urbe, esa urbe de ubre con negro calostro.

Si pudiera dormirme sobre esta mesa y al menos conciliar un sueño basura.

Con un simple sueño basura me daría por satisfecho. Como esos muertos de sed que venderían su alma por beberse unos orines, como esos niños de tripas abultadas que se tragan el arroz duro por no esperar a su eterna cocción, así está mi alma. Se me abulta la vida del poco dormir, se me cae la alegría y me cuesta recogerla del suelo para arrastrarla unos metros más, para prolongar durante algún día su agónica vigilia.

Sueño con el sueño.

Me mata el acantilado con su asesina ausencia.

Siluetas de gaviotas rondan mi cabeza. Ecos de graznidos en mis oídos pero... ¿dónde está el guano? Toda esta asepsia me impide dormir. Maldita limpieza hipócrita. ¿Pero es que no se dan cuenta que esta higiene les mata?, ¿que el orden les obstruye el cerebro?

Si consiguiera ensuciarme un poco, seguramente así, por fin, dormiría, por fin soñaría. Un poco de barro en mis zapatos, alguna que otra quemadura en mi chaqueta y

diferentes manchas de grasa y aceite distribuidas aleatoriamente por mis manos y pantalones conseguirían lo que ya parece imposible.

Qué fácil sería dormir con un poco de suciedad en mi persona. Las duchas me lavan la vida. Si el acantilado fuera limpio, se derrumbaría. Por eso las chimeneas se ensucian con humo y hollín. Ellas sí que son otros peces en este despierto mundo.

Sucias chimeneas, cómo me enamoráis con vuestro tiznado encanto, con esa valentía que os mantiene al frente de la enconada lucha que un día la innoble pulcritud os declaró.

Nobles damas ahumadas, apiadaos de este humilde súbdito insomne y limpio, pero limpio obligado, limpio converso como todos aquellos que un día renegaron oficialmente de una religión mantenida en secreto, creencias amputadas pero guardadas en los arcones del alma, como reliquias milagrosas y redentoras.

He encontrado tres girasoles de papel. Su aspecto es un tanto desaseado y pobretón. ¿Quién los habrá puesto aquí, en este basurero de tiempo, en este muladar de horas limpias y malolientes?

Tengo una corazonada. Estas sucias y bonitas flores han de proceder de mi nueva amiga. Sí, ella las puso aquí, me lo está diciendo con su rombojo. Es todo un detalle para estas mañanas sin sol. Tres girasoles. Tendré que hacerlos girar con la mano. Tendré que regarles con risas y abonarles con alguna canción, aunque sea en voz baja para que no me oigan los guardianes de la basura.

Gracias sucia y hermosa chimenea. Gracias por las flores y por mirarme con ese ojo de amistad. Qué grato es sentirse observado por ojos amigables, como los de muchos perros y árboles, como los de muchos niños y vacas, como los ojos del faro escondido.

Malecones de almas sin flores donde rompen las olas del vacío. Vacío donde termina arrojado todo este desperdicio horario. Pero estas flores me hacen pensar que quizás no acabe como alma ladrillo que prolongue ese dique del higiénico progreso. Me hacen pensar en mi siempreviva, la que me traje del acantilado. Siempreviva y yo no queremos atracar en ese malecón. No, hemos de coger los girasoles y convertirlos en faros con pipas de luz.

Sí, farero de girasoles. Girasolero.

Gracias chimenea de carey.

Qué basura tan limpia. Basureros transparentes, estercoleros relucientes, desechos immaculados, pulcros desechos vitales. Limpieza, limpieza, limpieza, almas lavadas y asépticas, mentes desinfectadas e inmunizadas, ojos duchados, miradas jabonosas. Que mal me huele todo este perfume colonial, toda esta invasión de bárbaros aromas que asolan cualquier rastro de humanidad.

Limpias personas, ¿ya tenéis un hueco en el malecón? ¿Con qué fragancia rociaréis las horas del vacío? ¿Dónde os pondréis la corbata? ¿Y los pendientes?

Quizás un día se me pose un cóndor en el ordenador y ese día nadie impedirá que grite de alegría y haga sonar la quena de mi olvido, esa flauta de pan callada, sin aire que la sople. A un torrero sin torre es muy difícil hacerle cantar.

Prisas, prisas, prisas, prisas, prisas, coño cuanta prisa.

Se me salen los huesos, se me desencajan brazos y piernas con esta velocidad absurda, con tanto correr para nada, porque para nada he de estar tan pronto en mi nicho matutino, para sentarme frente a esas sillas y contemplar una ristra de horas goteando minutos eternos, segundos alargados como longanizas.

Mi cuerpo no coordina toda esta locura de movimientos. ¿Acaso el perezoso hace footing?, ¿es la tortuga mora, velocípedo insaciable?, ¿tiene el viejo prisa por morir?

Y qué le voy a hacer si soy una vieja tortuga perezosa

Mal asunto querer explicar cuando no hay nada que entender.

Como girasolero con girasol, mi vida ha recuperado algo de sentido. Además la automatización no ha llegado a los girasoles de papel, y les tengo que hacer girar manualmente. Hoy uno mira al techo y los otros dos a la ventana; no siempre están de acuerdo en la difícil tarea de encontrar un sol en estos abismos de noches artificiales,

nubes de plástico, oscuridades envasadas al vacío, vacíos tragones zampadores de esencias.

Encuétrame aquí una esencia y te daré una flor.

-¿Qué es una esencia?

-Si no lo sabes, no la podrás encontrar, y ya te dije que no se puede explicar lo que no se puede entender. Porque hay cosas que cuando intuyen que las queremos comprender salen corriendo como truchas escurridizas. A las truchas hay que dejarlas, nadando en sus aguas cristalinas. Basta con verlas y saber que están ahí; si te metes dentro del agua desaparecen y si las pescas al cabo de los días se pudren, a no ser que te las comas, pero una trucha comida deja de ser trucha.

Así que no es raro que estos girasoles miren a diferentes soles inventados.

Mañana les pondré a contemplar el suelo, quizás como acto de humildad... ya veremos.

No sé si hoy es ayer o mañana. Quizás hoy es hoy, pero no puedo saberlo porque nada cambia. Mi culo sigue sentado en la misma silla, me rodean los mismos papeles esperando su rutinario indexado, las mismas fotografías ahorcadas y los girasoles permanecen absortos contemplando sus diferentes astros. Pero ¿quien te dice que no los he cambiado repetidas veces de posición y de nuevo han caído en la diferencia, en la discrepancia, en el dilema o la duda, en el enfrentamiento entre los heliotechales y los heliofenestrales?

Nada me puede asegurar que hoy sea hoy, ni siquiera esos calendarios de números inestables. ¿Qué significa un número u otro, cuando nada varía a tu alrededor? ¿Qué puede importar si martes, miércoles, jueves o agosto, septiembre u octubre, en esta vida de tetrabrick?

Hoy no veo la chimenea. ¿Pero cuanto tiempo hace que no la veo?

Me he encontrado una sonrisa en el pasillo, una curiosa sonrisa. Es muy raro encontrarse algo así en las mañanas sin sol, en los días confusos de números inestables y nombres intercambiables.

Estaba ahí, flotando en mitad del anodino corredor, a media distancia entre pared y pared pero algo más cerca del suelo que del techo. ¿Se habría perdido? Le iba a preguntar a mis girasoles pero están en medio de un temporal, fuertes vientos les azotan en estos momentos y no quiero distraerlos, no sea que se los lleve un mal aire o les

tronce una ráfaga traicionera, que éstas son muy jodidas de aguantar. En esos trances hay que estar concentrados, así que ni siquiera les giraré; prefiero dejarles que sigan divididos a causa de sus confrontadas religiones solares.

Voy a salir de mi nicho matinal, por ver si me encuentro de nuevo ese insólito fenómeno atmosférico... No.

Es tan raro el suceso que ya ha desaparecido. La meteorología del tetrabrick es muy monótona y las curiosidades no abundan. Bocas cerradas, cabizbajas miradas, buenosdías que pasan rozando tus orejas como hojas otoñales cayendo de árboles a punto de dormir el cercano invierno, ojos vacíos y pensamientos callados. Más adelante explicaré cómo se suele desarrollar la jornada meteorológica en un tetrabrick.

Lo de hoy fue una estrella fugaz.

Isla Verde me sirve de referencia en el tiempo. Gracias a ella sé que he debido desperdiciar toda una semana. Cuando cojo mi barquita asfaltinera y bogo hasta la cima donde se yergue altivamente su castillo, cuando fondeo en la cala que descansa justo al pie de sus muros centenarios, cuando bajo a tierra y oigo antiguos lenguajes supervivientes, entonces soy consciente de mi vida, entonces sé que un día es un día, que el envase tiene abertura y se puede salir por ella, que me puedo manchar con sagrada suciedad.

Me da igual cómo llamen otros a este lugar. Yo la he descubierto para mí y yo la he bautizado como Isla Verde. Cada uno de los robinsones que por aquí me encuentro le habrá adjudicado su topónimo. Por esta isla se ve mucho perro que trae a pasear a su dueño, también se ven madres que traen a sus hijos retrasados a que orinen la incompreensión de aquellos que nos sentimos adelantados sin haber dado un paso adelante en toda nuestra vida.

Todos ellos se sienten descubridores de la misma diferente isla. Todos somos uno y varios al mismo tiempo, no hace falta ser Dios para reunir tres personas en una misma. Sin ir más lejos yo tengo tantas personas como gente me conoce.

Comienzo a cantar. Sí, comienzo a entonar suaves melodías con miedo y pudor.

Hoy o mañana la chimenea me habla y me cuenta que se siente rana. Yo le respondo, un tanto lastimosamente, que no hay ranas en los tejados, pero ella, la muy sabia, me saca los colores contestándome con una dormilona sonrisa y proponiéndome que la observe bien, que abra de una vez los ojos y contemple la piedra sobre la que croa, junto a un charco de luz.

Me confunde el acantilado con su pétrea imaginación, con su rígida mirada. Me pesa el acantilado. Me pesa y me huele. Un olor pesado, un olor antiguo. El perfume y el hedor son tan ambiguos como el amor y el odio.

Me llora el acantilado lágrimas de tela y de cocodrilo. Por un ojo las textiles y por el otro las de reptil que como son falsas no me manchan; y con las de tela me sueno las narices. Son lágrimas útiles con las que puedo quitarme las mucosidades de un ciego catarro.

La chimenea croa impetuosa junto a su charco de luz:

-No busques los océanos. No te pierdas en los mares. Hay pequeños charcos donde refugiarse sin peligro de naufragar. Remansos tranquilos de profundidades insospechadas. No bucees el primer día, sólo contéplalo y lávate en sus aguas manos y cara.

Y de repente el charco se esfuma y se ahuma la chimenea, de nuevo quieta en su tejado con su rombojo escrutador.

Giraré los girasoles. Uno al Norte, otro al Sur y al del centro le pondré sus pétalos hacia mí. Me gusta ver su ojo amarillo; ese hinchado ojo me da la risa. De seguro que mis gafas también le producen a él cierta hilaridad.

¿Dónde habrá un charco para mí?

No es bueno desear que el tiempo pase corriendo para poder bogar hasta Isla Verde. Eso es tan perjudicial como intentar detenerlo o paralizarlo para evitar su movimiento. Lo que hay que hacer es contemplarlo, porque cuando observas al tiempo con ojos de búho, este se hace invisible de vergüenza que le da el sentirse escudriñado. El tiempo es tímido, pero no el tiempo basura, ese no, que es zafio y grosero.

Al tiempo basura no se le tiene que contemplar, con tolerarlo ya es suficiente. Hay días que te cuenta un chiste y hasta puede resultar gracioso. Pero el tiempo tiempo, está fuera de la ventana de un tetrabrick.

He puesto los girasoles mirando hacia el techo. Los tres iguales, sin discordias, tres girasoles y un único sol verdadero. Y el girasolero, ¿dónde mira?

-Al tiempo tiempo.

Meteorología envasada.

Como ya apuntaba anteriormente, la meteorología del tetrabrick es algo particular aunque sin extravagancias. Pasaré a continuación a detallar sus características principales.

Ya que el tiempo basura es anodino, la meteorología envasada no podía ser menos que su compañero de habitación. En estas mañanas sin sol, es difícil calcular las horas a las que tienen lugar los fenómenos atmosféricos, pero existe una clara concatenación de sucesos, pudiendo incluso hablar de fenómenos consecutivos.

La meteorología vierte aquí sus desechos de forma mecánica, automática, se podría pensar que indolentemente. El ciclo comienza con una atmósfera tranquila, espesa pero quieta, sólo en la zona de los girasoles se detectan intervalos ventosos de carácter moderado, con una frecuencia de unos quince minutos aproximadamente.

Esta quietud dormida no viene a extenderse demasiado porque pronto comienzan a aparecer otros habitantes del envase, cariacontecidos y cabizbajos, se diría que son seres brumosos. Su brumosidad dificulta un tanto la visión de las cosas.

Según se hace más evidente y persistente el fuerte olor que este vertedero de horas acaba por desprender, la calma deviene en marejadilla, tetrabricklandia adquiere tintes anárquicos pero sin llegar nunca a proceso revolucionario alguno. El gobernador del envase, que algunos denominan el envasador, puede aparecer en cualquier momento y esa posibilidad enerviza a todos sus súbditos envasados, entre los que ahora me encuentro.

Recuerdo muy bien aquella sonrisa triunfal, aquella mirada altiva, aquella voz que no se atrevió a decir hacia fuera lo que se repetía una y otra vez hacia dentro: ¡te envasé!

Envasar torreros se convirtió en cosa habitual hace años. Por todo el mundo se envasaban a estos habitantes de acantilados. Después te habitúan tanto al envase que ya no puedes vivir fuera de uno, y tu única obsesión es ser enlatado. Enlatado hasta el día de tu muerte, día en el que has de pasar la barrera del sonido dentro de un tetrabrick de madera.

Aquí todo es envase y el asfalto no es otra cosa que el océano donde navegan todos los envases del mundo, a través de duros mares de hormigón y frágiles abismos. Barcos a la deriva expuestos a los temporales del destino. Al final naufragarán contra un acantilado y se volverá a empezar.

Me sonrío el acantilado.

Pero mi intención era hablar de meteorología, de este particular microclima en el que ahora me veo inmerso, desde que me arrancaron el acantilado. ¿Me lo arrancaron o me lo arranqué?

Pero cómo voy a hablar de clima si me he vuelto insensible. No se puede sentir el viento ni la lluvia a través de un sin sentido, sólo puedo observarlo en los demás, escuchar lo que dicen, pensar lo que piensan, vigilar sus quehaceres. Pero en una vida sin sentido no hay sentido que valga, así que tampoco podré ver, ni oír, ni tocar ningún otro ser envasado.

Sólo los girasoles me hablan del viento. Y la chimenea me mira.

Hoy es su cumpleaños y no sé como felicitarle. Si grito ¡feliz cumpleaños!, no me oirá. Si le envió una carta no llegará; recuerdo que ni los telegramas conseguían alcanzar ese destino. Sólo el búho, la chimenea y los girasoles se lo pueden comunicar... y sé que lo harán, sí, estoy convencido de ello.

Mi faro cumple hoy 140 años. Su primer natalicio sin torrero, su primera soledad profunda. Ciprés sin tumbas que sombrear, sin monjes que iluminar, árbol de raíces encofradas, vegetal luminoso de ramas nocturnas, que la lechuza visita buscando descanso a su espectral blancura.

La chimenea envía su humo, los girasoles miran en su dirección y el búho ha levantado el vuelo desde su informática atalaya. Mis abisales amigos se lo dirán.

Me duele el acantilado porque no tiene quien dé gritos amarillos, me duele porque no tengo a quién gritar mi color.

Hoy han llegado un pingüino y una foca a este rincón del envase. Pero me parece que estos ya son envasados natos, que no nacieron en cantil alguno, que desconocen ese umbral pétreo ajeno al mar y a la tierra, que no es frontera ni pasadizo, que sólo entiende de palabras verticales. A los que hemos vivido allí, nos domina la opresión horizontal, evitamos la expansión aunque un bostezo siempre está bien visto porque su verticalidad no estorba. La piedra nos marca como el hierro a las reses, como el sexo a los niños, como el miedo marca al loco.

Se me va la mano al lápiz, se me va el ruido pegado porque una música tranquila se ha entrometido como cuña hurgadora y le ha hecho caer. Igual que hace el cuchillo de los buceadores con los percebes enrocados.

Bendita música perseverante, pescadora avezada de ruidos agarradizos, de garrapatas infladas por decibelios venenosos. Música de ritmos liberadores, síncopas descorchadoras de envases herméticos, libertadora de seres envasados al vacío, o al abismo; deja que me fugue a ningún sitio, sólo quiero llenar el vacío enlatado.

Me baila el acantilado, con sus piernas larguiruchas, con su cintura curvilínea, me seduce con sus pasos insinuantes, pero no me seduce.

Se me posa el acantilado como mosca cojonera, como tábano asinino, pero no le dejaré que me agujee con su punzón lítico. Le espantaré con mi rabo musical, moveré mis avisadas orejas

Quizás no debiera escribir más. Quizás ya todo está dicho y lo que cuento a nadie pueda interesar. Al envasado porque no quiere oír hablar de su envase, sólo soporta la palabra libertad, y al que aún queda a granel no le interesa el tema de las conservas; lo malo es que, generalmente, a estos aleatorios seres no les interesa nada y resultan carnaza de islas-araña o pueblos-tijera. De estos últimos, los pueblos-tijera, todavía no he hablado y quizás merezca la pena que les dedique un momentillo. Hay muchos tipos de estos enclaves rurales, tantos como variedades de tijeras; que si para la poda, que si para la confección, que si para el pescado... en fin, un largo etcétera. Pero podríamos resumir sin temor a errar en la clasificación, que todos los pueblos-tijera cortan por la mitad a la sociedad que les ocupa, e indefectiblemente tienes que pertenecer a uno u otro lado del pueblo. Lo invariable del asunto es que no puedes dejar de estar enfrentado con el otro sector, ni refugiarte en un acantilado que con su verticalidad evitase pertenencias indebidas. En los pueblo-tijera sólo tienes dos opciones: o eres de arriba o de abajo, de la izquierda o de la derecha, de aquí o de allá. Maniqueos fundamentalistas.

Me tiñe el acantilado, pero no de negro sino de blanco, también me tiñe de ruido y de sueño, de ceros y unos. Me miran esos maniqués anoréxicos y me tiñen también con su mirada de lápiz sin punta que me hace sentir este aire clorofórmico. Me tiñe la ciudad con su anestesia, la que te prepara para la operación, esa en la que te empalan por la boca para luego abrirte en canal. Anestesiado estoy y abierto también, porque el acantilado me hizo daño al separarse de mi piel. Había cogido más fuerte de lo que parecía y desgarró. Se llevó incluso alguna entraña, aquel risco entrañable.

Blancura abisal, la blancura del pececillo cavernoso, del gusano intestinal, del feto que se envasó en formol recién nacido a una vida conservada, sin gastar, sin usar pero caducada.

Fotografías asesinas. Balas disparadas por fusiles de diafragma traicionero. Malditas láminas enmarcadas, trofeos del cazador de instantes que ha dejado en peligro de extinción al recuerdo silvestre. Me rodean estos ataúdes del tiempo, colgados por estas cuatro paredes. Nichos profanados por la curiosa mirada de todo aquel que con su torpe proceder se para a contemplar los restos momificados que cuatro maderas inscriben en su espacio sometido.

Ojos nigromantes, agujeros negros del alma, no quiero ser contemplado por amigos disecados ni paisajes tetrapléjicos.

Cómo cansa nadar en estas aguas estancadas, son espesas y densas, nunca avanzas, no te mueves. Parálisis horaria. Estoy aherrojado por un tiempo basura, carcelario inmisericorde, alcaide sanguinario. Calma chicha en medio de un inmenso océano.

¡Tarde! Una vez más he llegado cinco minutos tarde. Esta vez ha sido por haberme encontrado con un despistado. El hombre no sabía cómo llegar hasta su envase y me pedía orientación, ayuda para poder arrastrarse por esta reptable horizontalidad, por este suelo impertérrito, por estas aplastadas piedras sin alma.

El hombre no me entendía y se lo tuve que repetir tres veces. Como consecuencia persisto en mi inútil impuntualidad. Inútil porque para nada sirve mi retraso como para nada serviría mi exactitud en la cita. Cita religiosa, heterónoma imposición invisible de frágil coherencia.

El hombre me dio las gracias con un “merçi” torpe y desaliñado, acopio de otra lengua con la intención de parecer más agradecido, baratija del explorador avezado que regala a sus informantes nativos, sinceridad con salacot.

Es curioso contemplar la vida desde la muerte. Te proporciona tranquilidad y diversión, aunque también soledad, la soledad del juguete roto.

Pero la contemplación no desde la muerte muerta sino desde la muerte obscena, la que no tiene pudor y anda desnuda mostrando sus desnudeces a una vida timorata y cansada de vivir.

No desde la muerte envasada, sino desde el cuerpo comido por gusanos que después volarán trocados en moscas que serán comidas por ranas y estas por peces que pescará el pescador que acabará comido por los gusanos.

No sé si volvería al acantilado. Verdaderamente no lo sé. Quizás pueda parecer difícil de entender, pero no es lo mismo preguntarse si volverás a un lugar, que si volverías. Cuestionarse lo primero es estúpido pero lo segundo es terrible, porque ese maldito condicional está condicionando tu vida, tus minutos, tus segundos, tus instantes, esa duda es incertidumbre integral, caída al vacío.

En el fondo es preferible la estupidez del futuro simple, el tiempo envasado, el verbo basura.

Si todavía no sabes de lo que hablo, vete a vivir a un acantilado de 120 metros de altura, estate allí 12 años y luego un buen día di que te lo arranquen, que tiren fuerte de tu cuerpo y te despeguen de la piedra. Te aseguro que sabrás muy bien lo que es un condicional, percibirás que los tiempos simples dejan de tener sentido en la vida, que los perfectos son ahora sin sentido y falsos y los pluscuamperfectos inútiles. Sólo el terrible condicional navegará por entre la niebla de tu alma. Sólo él. Sólo ella, la condición que buscas para sentirte condicionado aunque sólo sea para mover un dedo.

¿Pero te parece poca condición ser un torrero sin torre? ¿Para qué buscar otra? ¿Para qué condicionar tu vida a lo que no eres? Torrero desenterrado y sacado de la tumba que todo faro es para su farero. Lázaro resucitado, zombi deambulante, agorafóbico ser desubicado que busca condicionar su vida igual que el marinero busca estacas para apuntalar la barca varada en tierra. Esa barca que ha sacado para desparasitar de algas y crustáceos y después pintarla de colores marineros.

El problema viene cuando el pescador, en mitad de su faena, entre lapa y mejillón arrancados, se le ocurre preguntarse si volvería a sacar su barca a tierra, si volvería a limpiar su quilla encostrada. Entonces el pescador deja su faena y contempla el cielo en lugar del mar, entonces el marinero mira en rededor suyo buscando una condición, un amigo, un perro, una estrella de mar que le hable de chimeneas parlantes, de charcos de luz, de otros mares y otros peces.

¿Qué creéis que hará el marinero?

La rana duerme y el charco vela, se bambolea sin desprender ni una gota de luz, vigila que los sueños de su amiga salgan humeantes dispuestos a recorrer un camino hacia el sí o hacia el no.

El pingüino, la foca y el búho han venido a saludarme, a preguntarme por qué sueño con el acantilado, a explicarme que la piedra nos endurece a todos por igual mientras que el asfalto corta como un cuchillo maniqueo y divide a todos en duros y tiernos, en buenos y malos, en cero y uno.

Pero la poesía sólo está en el caracol que se pasea por el borde de una cuchilla de afeitar, sin cortarse, sin dividir su cuerpo, avanzando lentamente por el afilado sendero.

El búho, la foca y el pingüino me hablan de todo eso mientras duerme la rana en su iluminado sueño. También ellos me impelen a que aprenda a nadar en el alquitrán, a que investigue en la historia del cemento, que pasee por Isla Verde pero que también me sumerja por los arrecifes urbanos, que busque los otros peces. Los otros.

—Sólo buceando puedes escapar de la superficie —me repiten una y otra vez como loros parlanchines.

—¿Y si me ahogo?

—Si tienes miedo vuelve a tu acantilado, recupera tu faro y tu luz centrípeta. Retorna a tus escuchas de sermones pétreos y verticales y no intentes tirarte otra vez en pozos de profundidades centrífugas.

Y el charco se apaga y la chimenea comienza a humear y el búho levanta el vuelo al mismo tiempo que el pingüino y la foca se zambullen en el ordenador. Y una nueva mañana sin sol comienza a despuntar, mientras me quedo pensando en la manera de hundirme en el alquitrán sin dejar de respirar. El tetrabrick se cierra y no podré pensar mucho tiempo más. El tiempo basura comienza a deambular por los pasillos bostezantes.

—¿Cómo podré sumergirme en el asfalto? ¿Cómo hacen esos peces luminosos de los abismos alquitrinados?

Poco a poco voy aprendiendo cosas. A salto de mata vislumbro ciertos horizontes. El envase es necesario para los que no se atreven a bucear. El tetrabrick les proporciona oxígeno, navegan envasados por la superficie del negro ponto.

O te envasas o te ahogas, ese es el pensamiento, la máxima de tantos peces que se agrupan en bancos de cientos de individuos, todos siguiendo el rumbo cambiante que impone un invisible y caprichoso director de orquesta.

Sí, pero hoy he vuelto a soñar con el faro sin farero.

¿Dónde encontraré el oxígeno para poder iniciar la inmersión?

La flor de pétalos apantallados tenía oxígeno, de eso estoy seguro, pero no la he vuelto a ver. En Isla Verde hay oxígeno pero no alquitrán donde bucear. Mis girasoles no se alimentan de aire sino de miradas. ¿Cómo voy a salir del envase si no conozco la manera de respirar? ¿Cómo voy a abandonar la superficie sin temor a la inexorable muerte del insecto caído en el ámbar traicionero?

Aquella música acuñadora también tenía oxígeno, me di cuenta después de un rato, porque me salió un grano. Y los granos no salen porque sí.

Bien pensado no es tan difícil encontrar burbujas para meter en la mochila del submarinista atrevido, quizás sólo me falte valor. El valor no hay que buscarlo porque todos lo llevamos en el bolsillo, lo difícil es sacarlo; a veces se queda ahí dentro, pegado al pantalón, como caramelo olvidado.

Tendré que buscar en mis bolsillos a ver que encuentro, pero me sueña el acantilado en su hamaca de viento.

Petrus me mira boquiabierto, parece algo retrasado, pero igual sólo es una forma de expresión que se adquiere debido a la falta de oxígeno inherente a todo envase. Con sus cincuenta y dos años, Petrus pica papeles y papeles, algo para lo que, según él, había nacido predestinado. Felicidad pasmada la suya, feanito ser que con su estupidez desprende hermosas burbujas de cristal azul. Burbujas que si las haces explotar con tu mirada, arrojan un curioso aroma entre dulce y salado, entre fétido y embriagador. Sí, la feanitez puede enloquecer y cautivar, deslumbrar o espantar, todo depende del que la contemple y cómo la contemple. Es nueva para mí, no existía en el acantilado que en su única dimensión no admitía ambages. Curioso asfalto de azogue oracular. Pitia alquitrinada concedora del hombre y la mujer.

Ahora comprendo, la boca abierta y muda de Petrus me lo ha dicho mientras picaba estúpida y feanitamente un papel tras otro.

-¿Por qué no recuerdas?

—¿Por qué no piensas?

—¿Por qué no dejas de buscar?

Cómo pude ser tan estúpido y no haberme enterado de todo. Cómo pude ser tan ciego y no ver al sabio Petrus contándome con su callada palabra el secreto ansiado.

Sonidos, palabras, colores y una cueva para guardarlos y protegerlos. Todas esas cosas se han cruzado en mi camino para ayudarme a bucear y yo atolondrado de mí no fui capaz de atisbar las puertas que se me abrían.

Ahora sé que mi valor está en el bolsillo de la camisa, me lo dejé allí hace ya muchos años, en aquella sencilla camisa de cuadros.

De regreso a mi envase y bajo una luna menguante, me he encontrado con un pez palabrero. Curioso ser, siempre fijo en un punto de su vida. Rémora de semáforo, enmudecido para no desperdiciar palabra ni frase que alguien pueda comprar a última hora del día. Sí, el pez palabrero vende letras, frases, palabras, incluso sermones; toda combinación alfabética es posible mercancía para este escamado ser puntual.

Siempre que los veo quiero agradecerles, comprarles alguna que otra perorata enristrada, pero indefectiblemente acabo por denegarme el acceso a su punto vital. Me dan miedo sus pesadas palabras, lastres sintácticos que pueden llevarme a pique antes de que me aprovisione del aire vivificante, antes de encontrar las burbujas que me permitan descender a lugares presionados a sí mismos, prisiones de enormes fuerzas gravitatorias, pasadizos escondidos, intestinos adosados a un tiempo sin aparato excretor, sin recto proceder.

Al pez palabrero no le puedo ayudar a subir ni bajar, pero quizás sí a mantenerse en ese punto equidistante entre el cuchillo y el lápiz.

Además puede ser que sea él quien me ayude a mí, porque sus lastres me ayudará a bajar y a profundizar, para más tarde subir ligero al desprenderme de ellos, igual que globo aerostático de colores chillones, chillidos como los que salen del cuadro al que tengo que visitar, el primero que me proporcionará ese aire empaquetado, pero no envasado, portátil, que no portado.

Gritos que sustituirán a los que yo dejé de emitir al serme arrancado el acantilado, oxígeno expulsado por esa boquiabierta figura de colorida estampa, de secreta consternación, que pasea por un parque de misteriosas brisas.

Música triste de pompas ascendentes que revientan de vida, expulsando su alegre tristeza. Música de timbres juguetones que limpian nuestros oídos, música deshollinadora de ruidos incrustados en nuestras chimeneas auditivas, música agridulce, rollitos de otoño ajenos al hambre envasada.

Proteína musical, reina de faros que con sus haces ilumina las costas donde rompen las sordas olas de un mar asfaltado.

Mil caras me ofrece y a todas quiero mirar con mis prismáticos pies. Calidoscopio de ritmos policromados, qué poco me hablaba de ti el acantilado, qué egoísta fue al ocultarme novecientas de tus caras, qué mísero traidor que me impuso sus melodías verticales. Qué brutal no será su dictadura cuando ni la lechuza, ni el murciélago me hablaron de las otras caras acústicas que yo no encontraba, cuán sumiso no estará mi pobre faro, que ni con sus doce haces fue capaz de recomponerme los dodecafónicos sonidos que el simple semáforo guarda en el pentagrama de sus cables.

Pétrea rigidez vertical, incapaz de bailar al son de un danzón, inútiles ciento veinte metros dormidos en su lecho sepulcral. Hasta la rémora conoce más caras del sonido que tú, y si las conoces, perverso fuiste en callártelas.

Con este baile comienzo mi periplo submarino, con este sin sentido musical me acopio de oxígeno suficiente para dejar la superficie. Bendito absurdo que gobiernas la música como el rey filósofo que nunca apareció.

Me remuerde el acantilado, mi conciencia pesa como piedra de rompeolas, me remuerde por decirle todo eso a quien no hace ni dos meses formaba parte de mi piel. ¿Qué opinará de mí? ¿Se lo habrán contado todo estas maledicientes fotografías?, ¿y cómo se lo habrán relatado?, seguro que tergiversándolo, para crear enconamiento. ¡Malditas cizañeras del patíbulo mural!

Ni el pingüino puede sofocar mi angustia con su cómico andar y gélido aliento. Tampoco el buhito tiene nada en el pico con lo que saciar mi reseco alivio.

Qué pesada es esta conciencia, espía de vidas escrupulosas.

Pero él tiene que comprender mis sospechas. Descubrir un nuevo mundo no pudo dejar a Colón indolente o impertérrito, aunque no supiese que no era nuevo, aunque estuviera equivocado en sus cálculos teóricos. Aquel falso Zipango, algo debió de mosquear al genovés y nadie le tendría que reprochar que se formaran dentro de su espíritu ideas críticas y un tanto mordaces. Pero Colón y sus colonos no quisieron bucear, prefirieron echar tierra en aquel fondo de aguas cristalinas y desecar sus calas especulares para reproducir dársenas al estilo del viejo continente; continuar navegando en las superficies conocidas, no fuera que apareciera uno de aquellos monstruos tan mencionados en escritos legendarios... pero el monstruo apareció, sí, paradójicamente lo llevaban como polizón los propios españoles en sus naves conquistadoras.

Que el acantilado me perdone si le he ofendido, pero no puede el revolucionado dejar de contemplar inquisitivamente a quien le pintó la vida con un único y monótono color, no puede el sumiso monocromado reprimir el rencor que en su alma se genera al contemplar el arco iris. ¿Quién va a contestar sus preguntas?, ¿y si su condicional se transforma en futuro perfecto?

No pienso dirigir turbamultas contra él, ni incitar a un destronamiento quizás merecido, quizás injusto, porque yo busqué su protección y nadie me encadenó a sus piedras. El protector tiene que mentir al protegido o éste acabará deseando el peligro e incluso la muerte. No se puede vivir protegido cuando hay un arco iris que contemplar, no puede el ciego no querer ver lo que toca con su vista de piel

Pero no me remuerde el acantilado con su protección mentirosa. ¡Que coloque un pez palabrero en lo alto de sus peñas!, ¡que deje a la música brotar entre sus

ramificadas grietas!, ¡que deje de gritar su monólogo gris!, ¡que abra sus cerradas fronteras al mar, al cielo y a la tierra!, ¡que abandone su vertical agonía, mirándose los pies con un sólo ojo!

Me indifiere el acantilado, pero no me indifiere que me indifiera.

Números y palabras; pesados muertos donde fondear en una estática superficie la nave que ni vuela ni bucea. Pero un simple laúd puede cortar las cadenas más gruesas, los amarres más fuertes y deshacer el mejor de los nudos marineros. Un simple laúd puede disolver el número y la palabra con su sólo tañer de cuerdas, disolverlos como la planta carnívora disuelve al insecto inconsciente, o como el policía disuelve al manifestante, con ácido o con golpes, el laúd hace añicos la dureza cifrada y la rigidez escrita.

¿Por qué tampoco me hablaste del laúd?, ¿por qué tus estalactitas no usaron plectro ni púa para romper mis cadenas?

El grito pintado ¿no es acaso el espanto creado por unos sonidos imitados, cuando enmudecen y dejan caotizado a un oyente casual?

Laúdes, violonchelos, oboes, flautas y fagots, martillos de golpes sordos, quebradores del duro corazón, rompe hielos de extrañas figuras.

Cuando el número se hace bóveda entonces se aligera y vuela, igual que le ocurre a la palabra vertida de luz. Pájaros canoros metamorfoseados, antiguas larvas gordinflonas que reptaban en el tiempo.

La larva envasada, tan característica de hoy en día, mueve sus seudópodos para poder deslizarse su cuerpo, no menos falso, por una superficie lisa pero con clavos puntiagudos saliendo como cipreses plantados a golpes de martillo desde el otro lado de la vida.

Sortear un clavo y otro, pasar por entre puertas que se abren solas y no mirar nunca al cielo, suele ser el quehacer cotidiano de la larva envasada. Su alimento consiste, como no podía ser de otra manera, en sartas numéricas y sopas de letras. Engorda, engorda y engorda tanto, que finalmente no puede ni hacer su crisálida y muere abotargada reventando por su vientre, de donde salen cuatros y sietes mal masticados, emes y eles tragadas rápidamente con gula recompensada, recompensada con más pienso cifrado y alfabetizado, engorde estático y premortuario.

La horizontalidad facilita lo rastro, aunque también el vuelo acrobático. En el acantilado podías subir y bajar pero no volar ni correr ni nadar, sólo dormir el sueño del espeleólogo, oscuridad iluminada por carburo limitado y finito... después, sólo oscuridad y alguna gota de agua que con el tiempo horadará tus ideas dejando un

agujero a través del cual entrará una lucecita a la que ya no tendrás acceso desde tu fría y cavernosa tumba.

Me mira el acantilado con ojos de papel, con una mirada en blanco, con una distancia intimidante. Pero también me miran la chimenea y los girasoles, el pingüino y la foca; multitud de ocelos escrutadores que me observan en esta pecera transparente y contemplan mi estúpido boquear buscando un oxígeno codificado, intentando descifrar la clave que me dé acceso a él, que me descubra el estuario donde ambientar entre lo dulce y lo salado, delta indeciso de mirada oracular.

Petrus me sonríe como siempre. Petrus 52, como le llaman este año sus amigos, los mismos que un día hablarán de él como Petrus 53, o Petrus 0.

Isla de silencios circunscritos, cómo me gusta oler tus verdes campanadas que marcan este tiempo saturnino de horas sinceras y durmientes, segundos escondidos bajo las setas del bosque o entre el ámbar resinoso. Cómo me gusta escuchar tus lágrimas invertidas, llanto de los hojeados ojos, lágrimas absorbidas por lloriqueo inhumano de los árboles que te abriga. Cómo me gusta oír la sinfonía de tus olores, Isla Verde de silencios circunscritos.

No deja de mirarme ese grito ahorcado; no deja esa pasmada boca de exhalar su aire oxigenado, no puedo casi ni hablar con Siempreviva porque tengo que desviar mis sentidos hacia esa pared aturdidora. Tendré que acercarme un día solitario, para contemplar el oráculo chillón; quizás tenga algo que contarme esa figura de asustada estampa.

Me llama ese agujero inmueble, me gritan también sus paredes y sus suelos, y los techos me susurran. Quiero irme allí con Siempreviva, crear nuestro jardín donde escuchar el dorado transcurrir del tiempo, construir nuestro Nautilus con el que bajar y subir por este asfaltado océano; cueva de olores prehistóricos, templo de rituales consagrados, charco de luz verdosa, madriguera de acceso camuflado, varadero de protegidas aguas tan cercano a Isla Verde. Bogaré hasta allí desde mi agujero inmueble y pasaré por su viejo cedazo las horas guardadas en mis bolsillos. Allí aventaré el tiempo transcurrido entre visita y visita, y el viento se encargará de llevarse la paja para traerme de vuelta a mi cubil sólo las horas útiles, las que alimentan la vida del pescador de estas aguas asfaltadas.

Sí, me llama el agujero, me invita a ocuparlo, a calentarlo, a tocarlo, a dibujarlo, a amarlo. Quiero que esa quieta ballena nos trague a Siempreviva y a mí, jonases en busca de Nínive donde profetizar las tragedias venideras a los aduladores de dioses envasados, a los comerciantes enlatados, a los conserveros de rebaños esquilados.

Faro para submarinos y buceadores, quiero ser tu guardián, recuperar mi condición de torrero, porque el covero con cueva también tiene su luz que mantener, sus barcos que guiar, su ritmo que respetar. Luz de combustible pensado, humanos destellos que en el tiempo anuncian el peligro de un naufragio apocalíptico.

Ese es el faro de los faros, del que me gustaría ser humilde guardián, uno de entre tantos fareros que han subido por sus escaleras de caracol, culminadas por una óptica de prismas multiplicadores.

Si al menos me diera tiempo a limpiar una sola de sus infinitas lentes giratorias.
Me llama el agujero inmueble.

Cuántas puertas cerradas me encuentro en el pasillo cuando amanece mi mañana sin sol. Pequeños envases, que dentro de un envase y dentro de un envase asemejan esas muñequitas rusas de vivos colores y rígidas figuras. Muñecas rusas de fractal esencia, seres repetidos *ad infinitum* como prueba escéptica de la imposible presencia interior del alma humana. Pirrónica demostración juguetona de que lo que hay es lo que hay, si es que hay.

Pero las puertas que salían a mi paso estaban cerradas, tan cerradas que no cabía duda alguna por entre rendijas y cerraduras. Puertas con llave echada, fronteras del alma con aduana requisadora. No entrarás al país del cerrojo sin despojarte antes de preciosos pensamientos que puedan contaminar a los allí encerrados. Cuarentena de ideas la que has de pasar para traspasar ese muro burocrático.

Ordenadores de vampira mirada, que prefieren dedos a yugulares, que te chupan la esencia a través de las pálidas yemas de unas manos entregadas. Emponzoñados manantiales de números y letras donde vienen a beber las almas envasadas.

Las puertas comienzan a golpear sus hojas destroncadas, como síntoma inequívoco de un apetito ritual, tiempo del desayuno cotidiano, hora del bocadillo abisal para aplastados seres. Cómo aplasta la presión de estas fosas oceánicas. Cómo deforma la mente hasta dejarla laminada y frágil, tan frágil que a algunos se les rompe en mil pedazos como hojaldre horneado. A estas mentes las llaman locas, pero también llaman así a muchas otras, las abombadas, las esféricas, las pesadas, las polimorfos, las pequeñas, las grandes y en fin, a toda aquella mente que no está aplastada por la atmósfera de Tetrabriklandia.

Veo peces gordos, de repugnante presencia, de escamas abultadas y ojos saltones, tocados de aparente librea, comilones insaciables de pececillos incautos. ¡Cuánta estupidez concentrada!, ¡cuánta miseria retenida!

Añoro la dureza pétrea, pero tampoco la añoro. Me quema la multitudinaria presencia de ojos descuencados, de cráneos desojados, de bocas fabriles, fábricas insomnes de palabras huera, huecos donde esconder pensamientos que recuerdan al gusano y al hueso.

Qué buen invento fue el de la palabra huera, cuántos escombros se depositaron en sus oquedades, ruinas enteras permanecen encerradas entre sus sonidos, entre sus letras escritas. A mayor demolición, más cantidad de escondrijos son necesarios para ocultar sus escombros. Lo mejor es no dejar rastro de cimientos con los que poder reconstruir antiguas construcciones.

Peces gordos cavernófagos, devoradores de viejos baúles, no soporto vuestra presencia de pestilentes colores.

Añoro el acantilado, pero tampoco le añoro, solo tengo nostalgia de la dura piedra y de sus sinceras palabras verticales, que como lanzas dispuestas en hileras, amenazan pero no dañan; la lanza sólo hiere al tornarse horizontal arma.

El pingüino me sonríe porque sabe que comienzo a bucear, porque conoce muy bien lo que es navegar entre aguas de fondos ignotos. No sé los días que llevo asfaltado, pero es el suficiente para darme cuenta de que el espacio no es sino tiempo envasado, que un tiempo libre no puede concentrarse como el jugo de carne. Ninguna pared, muro o frontera atrapa al verdadero tiempo, porque el infinito difícilmente se deja reducir. Ni las llamas de unas mentes pirómanas pudieron arrasar el pensamiento infinito de un Bruno.

Ni la muerte ni la vida, ni la luz ni la oscuridad, ni el espacio ni el vacío, nada tiene sentido si no es por y para el tiempo.

Tiempo y música, sinónimos genéricos vejados por un mundo que fermenta como el fruto que de maduro pasa a podrido y que como tal no sirve ni de alimento, sólo su descomposición es útil en el ciclo que une al árbol y la tierra.

Es tiempo del tiempo. Es hora de recuperar músicas antiguas, sonidos estirados y de vivos colores, como cintas festejadoras de una eterna romería.

Es hora de recuperar el viento que transporte esa música y la madera que la resuene. Es el momento de volver a inventar sonidos. El ser humano sólo tiene sentido inventando, pero esa creatividad obtura sus oídos, entonces la tumba queda abierta. Comenzamos escuchando por la piel y tendríamos que acabar oyendo con la imaginación, para poder continuar por ese estrecho sendero de cabras, tan difícil a veces de distinguir pero que nos comunica con los más bellos paisajes.

Me escucha el acantilado con sus orejas calcáreas, con sus antenas estalagmíticas. Me escucha callado, con su mirada tranquila. No me importa sentirme observado, sus ojos no me queman, su mirar no me empuja. Visión oriental de orientada contemplación.

Las personas necesitamos un observador, sin él, sin su atento espionaje, nos desharíamos en trozos de mala recomposición

Cómo se esconde el tiempo para observar, cómo se camufla entre la vida igual que camaleón lengüilargo. La infinita lengua del tiempo, la espiritrompa de eterno replegamiento.

Pobre esquizofrénico que se olvidó del centinela. Pobre loco que no quiere que le observen. Cómo me observa el acantilado, cómo cotillea con el faro y se ríen juntos de mi asfaltado aspecto, de mi equipo de buceo, de mi nueva madriguera. La mirada del amigo, qué calmada es.

Me calma el acantilado.

Hoy le he comprado unas palabras al pez palabrero. Seguía impávido alrededor de su semáforo, estilista de la letra, con su librea anodina, mendigo de la sintaxis. Me gusta la dignidad del pez palabrero, su economía de espacio, su *perpetum immobile*. Su mimetismo es sorprendente y paradójico, sólo se hace ver a quien no necesita palabras, podría parecer un sin sentido de la naturaleza, un error evolutivo, pero su misión es evitar que los inapetentes de la palabra se mantengan en su hastío personal, lo más curioso del fenómeno es observar cómo un inapetente se siente estimulado para la compra, de manera que se desatan unos mecanismos desencadenadores innatos que impulsan al inapetente de palabras hacia la compra estimulada por el pez palabrero. Curiosa simbiosis del reino animal.

Otras curiosidades he podido detectar en estas aguas transalquitránicas: la rémora de la basura, generalmente hembra variopinta, o macho migrador, merodean juguetonas alrededor de papeles, colillas y desechos de todo tipo al despuntar las mañanas sin luz.

La remorez es inevitable en este universo explotado. La Tierra rémora del Sol, las ovejas rémoras del pastor muerto, los viejos lo son de la oscuridad y yo de un ordenador, como antes lo fui de un faro.

La remorez ciega, porque dejas que el remorado vea por ti. Ojos alquitranados, ojos anegados, petrificados o garrapateados, ojos invidentes de abúlica retina.

He de terminar este cuaderno antes de quedarme ciego, antes de que el abismo aplaste mi mirada. No sé si desarrollaré lucecitas abisales, no sé si soportaré la fuerte presión de esta fosa, pero en mis agallas he guardado un grito, unos ruidos, un alfabeto desordenado, burbujeando todos en mi interior. Quizás estas burbujas refuercen mi consistencia.

Los peces gelatinosos no han vuelto a aparecer, ni quiero verlos de nuevo. Su presencia me repele, su gelatinosidad me espanta y me aterra pensar si son especie diferente o solamente producto consevero, resultado al que muchos llegan tras años de

conserva. Estos creo que ya nacieron así, pura gelatina envasada, de transparencia engañosa, de gomosa mirada.

Me recuerda el acantilado con su dura memoria, con sus recuerdos graníticos.

Petrus se abre porque no tiene papel que picar. Me mira estúpidamente reclamando con su habitual indolencia algún folio que agujerear. Pero hoy no pienso alimentar su gula insaciable, hoy rehuyo de mi envase, hoy la chimenea ha hecho nido para un cigotino abortado y sus vecinas antenas han renegado de su esencia radioeléctrica y se han tornado mástiles veleros, listos para hacer zarpar esa nave retejada.

Las burbujas comienzan a hacer efecto y creo que me marea su acción. Es momento de bajar un poco más, es momento de volar y de zarpar, de saltar y de caer. Petrus, lo siento pero hoy no comes.

Qué lejos queda la desnuda roca entre toda esta carne vestida. Qué lejos aquellas miradas ocultas ahora que nado entre todos estos ojos para los que no existo. Cuán distante me parece aquel silencio hululante desde este enjambre ensordecedor.

Pero esa distancia me agrada, me produce un bostezo, me duerme su lejanía. Ni el ruido ni los ojos me impiden nadar por estas espesas aguas. Flotar entre globos oculares y pasar desapercibido, eso sí que me gusta, sin que el pino ni la ruda me espíen. Me rodea la carne, futura podredumbre ahora regada por una sangre ebria de vida. Y aquí, entre todo este amasijo me topé con una ostra perlera... y se abrió... y la vi... y canté.

Perla intocable, sólo audible, de colores inusitados, ecos rocosos y marinos que resuenan gracias al cemento y al ladrillo. Timbres que llaman a la puerta de mi vida, que me abren los ojos a un paisaje olvidado, abandonado, en barbecho. Metales preciosos y maderas nobles brotan de tu silencio.

Merece la pena bucear hasta lo más hondo, no importa correr el riesgo de la asfixia. Una perla así libera de las ataduras a la respiración. Qué misterios no encontraré en su interior. Denostada por su sencillez aparente, abandonada sobre un arrecife coralino, perla de fiordo que me has enseñado túneles en el agua, cuevas subasfálticas, que me has hecho cantar, cantar sin tragar cemento, sin ahogar mi vida. Perla que unes el bosque y el encofrado, que conectas lagos de agua y de alquitrán, fruto bivalvico que intercalas los destellos del faro con los del semáforo. Ya no hay fosa que me atemorice. Me has hecho recordar inmersiones juveniles y calientes, me has hecho llorar al ver confundidas montañas y nubes.

La chimenea me sonríe junto a su charco de luz. Hoy no quiere ser rana charquera porque me oyó cantar.

La esperanza no es haber encontrado una perla, sino volver a bucear, reaprender lo que la dura piedra del acantilado me enquistó, volver a recuperar la mirada que el faro había cegado con su luz aumentada, sin olvidarles tampoco a ellos, sin dejar que esta u otras perlas taponen mis oídos, contemplando el horizonte y aprendiendo sus artes alquímicas, sus sorprendentes aleaciones.

Tengo que encontrar la cueva que me permita descansar en lo más profundo, donde esconder mis tesoros pero no esconderlos sino esconderlos a conocer y enseñarlos escondidos.

Siempreviva busca. La flor de acantilado sabe mucho de cuevas, ella sabrá elegir. Siempreviva nada ágil y resuelta por estas aguas que tan espesas me han llegado a parecer. La flor de acantilado aguanta el viento y la tormenta, el sol y las heladas. Lo único que no puede resistir es la pisada del torpe, del zafío, del que camina entre flores como si lo hiciera por un pedregal; y la flor de acantilado aún saliendo de la roca, es delicada en extremo.

He visto al pez negro cantarín, le seguí un rato atraído por su melodía que se repetía y se repetía. ¿Cómo podrá cantar tanto sin ahogarse? Me gustaría aprender, pero estos peces negros son esquivos y te dan el esquinazo cuando menos te lo esperas.

No sé el tiempo que llevo sumergido. En el pasado viajé por unas aguas muy parecidas a estas en las que ahora me encuentro, he visto peces de aparente normalidad pero de extraño comportamiento, creo haber comprendido el porqué de la estupidez, o el por qué no, he visto peces ardiendo en el agua y pájaros ahogados en el aire, vi también bancos de curiosos y peligrosos peces rojos. Un día me topé con un hipocampo preguntón, estático como el tiempo, contemplando el movimiento de los demás, de los que piensan que él se mueve hacia atrás, pero el hipocampo sólo está quieto esperando que alguien le dé alguna respuesta como limosna; el pez palabrero lo hace pero al hipocampo preguntón no le satisfacen esas respuestas vacías, compuestas de palabras huera y juntadas por cadencia de corriente marina. He visto peces cabezudos y peces picudos de incontenible inquina, he visto al pez paciente y también al impaciente, he visto al pez moro con su cabeza cortada y al maqui que a muchos ha escamado con su inquisitivo proceder.

Me siento bien por todo lo que vi y quiero ver. Pensé que me había basurizado, pero ahora me doy cuenta de que el papel me ayudó a nadar. Siempreviva encontró una cueva en la que podré descansar entre viaje y viaje, donde respirar sin tener que volver a la superficie. Pero antes he de volver al acantilado, por un día, por un momento, tengo que hablar con él y con su faro deshabitado, quiero darles mi nueva dirección, quiero despedirme con palabras verdes y amarillas, con miradas de acordes tranquilos, con un gracias por todo, aunque tenga que volver a llorar, pero lágrimas de hierba y no de piedra, lágrimas que no caigan al suelo sino que suban al cielo para formar nubes de antiguo cantar, de melodías arcaicas con gusto a sol y a estrellas.

Le contaré a mi faro todo lo que he visto, le hablaré de los nadies abisales, del pez palabrero, le contaré lo que pude observar cuando entré en aquella cueva blanca por fuera y negra por dentro, donde me topé con peces gritando de dolor, peces delirantes, como locos, sin orientación en la mirada, peces viejos y temblorosos, peces nerviosos saltimbanquis cavernícolas, peces moribundos boquiabiertos ante el espectáculo de una vida estúpida que realiza su payasada final, cueva submarina de aguas que manan de lacrimosos manantiales, fuentes del delirio.

He de regresar al acantilado para recuperar mi vida, para recoger la sonrisa que me quedó allí escondida, entre el hinojo y la ruda, entre la piedra y el aire; espero que no se la haya comido la gaviota reidora que en invierno merodea por aquella isla araña, espero que el cuervo no la cogiera para colocarla en su austero nido con la intención de bruñir su bronca voz, espero que el águila pescadora no la usase como cebo para sus capturas, espero que el salitre la conserve, espero que me espere.

He de hablar con el acantilado sin el rencor del torturado, sin la enajenación del enloquecido, tenemos que hablar como los amantes cansinos, con respeto y con amor cansado. Tenemos que hablar del viento y de la nube, del pino y del acebuche y por supuesto del asfalto y del envase. Tenemos que mirarnos a la cara, y hacerlo en presencia del faro para que conste como testigo, para que las palabras no se las lleve el viento sino que las recoja su luz envolvente; quizás sólo recoja parte de nuestra charla, lo que dé tiempo en cada uno de sus destellos, será entrecortado ese registro pero al menos no se perderá y cualquiera con ojos de piel podrá restaurar el todo a partir de los trozos guardados.

He de recuperar mi vida y mi sonrisa para poder continuar la inmersión, para persistir en el viaje a la última casa, porque no me bastaba el oxígeno y la música no me satisfacía hasta que un buen día Siempreviva me preguntó: ¿dónde has puesto tu sonrisa? La busqué en mis bolsillos, en los zapatos, le pregunté al pez palabrero, rastree mi cotidiano envase y pedí ayuda a la chimenea. Pero nadie, ni siquiera Petrus 52, pudo dar con ella; entonces me acordé que la había escondido cuando decidí dejar el acantilado y que con las prisas de la huída la olvidé en su escondrijo.

Por eso el acantilado se calló, porque sabe muy bien que volveré a por ella, a por mi preciado tesoro de bisutería. Pero que no crea que me va a retener, que no piense que podrá engañarme de nuevo, sus gélidas palabras se derretirán al calor de mi mirada. Su pensamiento vertical nada podrá contra mis ideas volatineras, que ni siquiera le necesitan para anidar porque mis pájaros ahora anidan en las nubes.

Y el faro, ¿qué me dirá el faro?

El faro sólo tiene que contemplar y tomar nota porque su destino es el mismo que el del hombre, para el que lo horizontal y lo vertical resumen la esencia de su conservación, opuestos que el faro junta en hermafrodítica esterilidad.

Antes de marchar he de quitarme estos números que me atragantan, esta sin razón pitagórica, esta materia cifrada de tan poderosa capacidad hipnótica para todo envasado que se precie. Me cuesta respirar con tanto tres y tanto cinco, con tanto dos y tanto cero, gritando todos como desesperados, agolpándose en las puertas de mi corazón, exigiéndole que abra esas puertas y les deje entrar para alojarse en aposento ventricular. Mi pobre corazón no entiende de números y responde a sus amenazas con extrasístoles impetuosas, salvas inquietantes que anuncian la imposibilidad de un pacto

disuasorio, teniendo que acabar la situación en retirada de uno o en asediado sitio para el otro.

Por ahora los muros de la fortaleza se aguantan bien, pero el número no es enemigo fácil y en cualquier momento puede reorganizar su ejército y realizar un ataque sorpresa, también es experto en la lucha de guerrillas, emboscándose entre los sueños de las personas incautas. Son muchos los corazones abordados por el número, se les nota en que el bombeo cardíaco es algo más acelerado, en sus arterias de acero plateado, revestimiento metálico al que procede ese ejército cifrado en el momento que ocupa un corazón rendido, revestimiento que se extiende poco a poco por los aledaños llegando incluso, en los casos más extremos, a revestir de reluciente aspecto también el cerebro, causando entonces una argentecefalia de difícil terapia.

Los recién llegados a las aguas asfaltadas somos víctimas propicias del batallón numerado, sólo espero resistir su investida, conservar la sangre caliente y no dejar que se enfríe, la sangre fría es peligrosa, puede parecer resultona en un primer momento pero si te despistas se congela.

No quiero morir en frente de una fotocopidora.

Empiezo a estar confuso, pero es ese principio en que todavía puedes dirigir tu confusión y encaminarla hacia la alegría o la tristeza confundidas.

En cualquier caso es lo mismo porque esa confusión confunde la una y la otra contando al final sólo el viaje.

Me ha impresionado volver a entrar en aquel barco que un día partió y me partió. Partir no es lo mismo que zarpar, cuando el barco zarpa no hay cuchillo de por medio pero cuando parte, estés en tierra o a bordo, quedas cercenado, mutilado, dividido.

Pero ahora parto partido para regresar zarpado, con mi sonrisa recuperada. Sólo me ha impresionado volver a ver el cuchillo que aquella noche me abrió en canal y cuya herida tanto esfuerzo me está costando suturar. Quizás quede cicatriz, eso seguro, pero la herida cerrará tarde o temprano, de hecho ya no sangra ni duele ni pica, aunque a veces supura un poco el último trozo que todavía queda por cerrar.

Otra vez estoy flotando en un mar de aguas saladas, suspendido entre dos mundos.

De la lágrima al bostezo, de la tristeza a la alegría, péndulo incansable que sólo el rozamiento del olvido puede parar; pero el olvido llega cuando menos te lo esperas y si lo esperas nunca llega.

No sé que hacer al contemplar de nuevo mi sala de torturas, mi paraíso perdido, pero tampoco puedo hacer nada, como nada puedo ni debo hacer sobre cada inspiración

y expiración que soporta mi vida, heraclíteos opuestos sin los cuales nada podemos hacer.

Este barco mío partió los opuestos, y los opuestos son amantes incansables e insaciables, lujuriosos sin remedio que no cejan en su empeño encontradizo cuando alguien les separa.

¿Pero como se unen el si y el no, la vida y la muerte, el niño y el viejo? El acantilado y el horizonte saben de eso, y también el faro.

Cuando vivía en el acantilado mis opuestos se amodiaban profundamente, pero ahora me doy cuenta de que se olvidan y eso es muy peligroso. Así que si definitivamente le digo adiós a mi pétreo amigo, tendré que buscarme un horizonte donde colgar la cueva que Siempreviva encontró. Los horizontes se pueden sumergir hasta donde tú quieras, son expertos buceadores, tan solo reniegan del envase porque allí dentro se convierten en anodinos segmentos, cortados y cortantes.

Tampoco quiero convertirme en estéril hermafrodita; que me perdone el faro si me escucha, pero quiero fecundar las nubes. Sí, está decidido; se terminó para siempre el vertical pensamiento, el poste de la memoria, la torre del faro, a partir de este momento sólo su luz y el río de mis ideas emproarán mi laúd sin cuerdas.

Isla Araña no me puede atrapar, esta vez vengo con tijeras, ya no me retendrá doce años sino 24 horas, de nombre más ampuloso pero de apellido plebeyo, porque el año sigue siendo señor feudal de las horas y todos ellos siervos del siglo.

Podré volver a mirar esas fotos asesinas porque su ahorcada figura de lanza enhiesta no conseguirá ya herir a mi pájaro del paraíso. Sí, me reiré de las momificadas fotografías y de su estúpido sopor, narcolepsia ridícula de espabiladas pretensiones.

¡Ya llego sonrisa mía!, carcajéale al cuervo cuando pase, que ya no te podrá llevar a su nido, sonríele a la gaviota y al halcón y sal al encuentro de quien te parió.

Le hago burla a Isla araña, le saco la lengua y le lanzo pedorretas, pero está aletargada en su sueño invernal y no se entera. Tan dormida está que no me intentará atrapar, isla tonta de esquizofrénicos opuestos.

El horizonte me guiña un ojo y me abre la boca como la ballena se la abrió a Jonás, como el faro me abrió su puerta, pero yo le digo al horizonte que espere un poco, que bostece mientras, que no tardo nada en solucionar un asunto pendiente, que no me

puede tragar sin mi sonrisa, y al horizonte no le importa porque los horizontes saben esperar.

Las lágrimas se me han secado y ahora puedo ver a la pardela con su vuelo ágil entre las olas. Ahora que puedo ver en seco, quiero visitar a mi amigo con nombre de letra, el que pasó de la O a la C a causa de una embolia que le dejó hemipléjico, el de los sueños sin colores, pero aromatizados con esencias rancias y caducadas, el que se tapió la cara y se puso una ventana en la nuca, el cojo nudo que nadie puede desatar.

Mis opuestos se han visto a lo lejos y se miran. Me encuentro bien porque sé que ahora zarparé.

Estoy a punto de zarpar pero creo que es pronto para escribir lo que tengo que escribir. Creo que esperaré a que sedimenten los posos que ahora vuelven a enturbiar mis ojos, a que mi cuerpo regenere las lágrimas que he agotado, porque ahora sólo puedo llorar orina y el fango removido ensucia la imagen del horizonte. Mejor dormiré.

Sí, el sueño me ha beneficiado, ahora ya puedo decirlo sin que me tiemble la voz: El faro ha muerto. Me lo encontré de cuerpo presente y tieso como la mojama, pero me tiembla la voz y el pulso me baila, no me baila de alegría sino que sigue el son de la marcha fúnebre que se ha pegado en mis ojos.

Debió de morir de ausencia, como esos perros que sucumben tras la desaparición de su anciano dueño. Me siento responsable de su muerte, pero yo sólo he adelantado lo que ya estaba previsto por mesa de ingeniero. Esas mesas perversas de duro y frío corazón, que proyectan sus pensamientos en papel milimetrado, mesas de espíritu material que confunden la belleza con el número sin pensar que el número puede ser bello porque también lo son el perro y el mendigo.

Prefiero la mesa de bar que con su servil actitud unifica más de lo que unificó el pastor muerto, cuyas ovejas han acabado descarriadas y sin nadie que las esquile. Ya casi no pueden caminar del pelo que les ha crecido, ni ven ni oyen.

Mi faro se ha muerto, y el acantilado está sordomudo. No pude mirarle a la cara ni tampoco él lo hizo conmigo, ni siquiera oyó mi llanto. Tan sólo me quedaba la opción de mirarle a los ojos tirándome al vacío y viendo su semblante durante la caída, pero eso no me pareció bien.

No he podido hablar ni de las nubes ni del asfalto y mi sonrisa no estaba en su escondrijo. Me dijo el pájaro roquero que cansada de esperarme se fue en mi busca. Nos hemos debido de cruzar en las aguas del mar, ¿y ahora que haré?

He velado a mi faro por una noche, sueño triste de lágrimas grises, he velado su verticalidad pálida y fría, su hemafroditismo ahora más estéril que nunca, he velado su luz mortecina y su guiño inanimado.

Quise arrancar los doce años de mi vida que estaban incrustados en sus paredes como anillos de árboles serrados, pero no pude. Allí se han quedado igual que mudos petroglifos.

Y el acantilado ni oye ni habla, sólo mira indolente la línea del horizonte con ojos que no comprenden lo que para ellos no es ni siquiera opuesto, sólo lejano.

Mi pulso vuelve a ser firme, las palabras me salen claras y libres de posos. Al muerto hay que olvidarlo con la lentitud del perezoso que trepa por árbol selvático, olvidarlo pero sin olvidar que está muerto. Una cosa es olvidarle a él y otra muy diferente es no acordarse de su mortandad.

Es malo confundir al niño con el muerto, porque todos somos ambas cosas, siempre estamos y no estamos sin saber que esto ocurre; aunque yo lo cuente no lo sé, por eso es malo confundir al difunto con el viviente como opuestos que son.

En medio de mi tristeza por la pérdida de dos amigos, el uno muerto y el otro ido, me fui a ver a mi tercer amigo: C.

C también estaba enfermo y ya sabía lo del faro. C me mira a los ojos y comprende pronto que ya he visto el espectáculo. A C le gustaba mucho hablar de los días en que todo le iba rodado, como O que era, pero ahora ni siquiera eso le complugo. Tampoco me contó ningún sueño ni me dio basura como era su costumbre en cada visita que le hacía. C está triste por lo del faro y eso le ha dado fiebre.

C me cuenta que vio pasar mi sonrisa hacia el puerto de Isla Araña y le pareció extraño, tanto que llegó a pensar que era uno de sus sueños. Pero le digo que no, que no fue un sueño, que fue realidad, y C no me contó ningún sueño. También C me cuenta que soñó que yo me encontraba un pez muerto en el asfalto y yo le digo que no fue un sueño que era realidad y C no me contó ningún sueño, pero antes de despedirnos me comenta que su televisor anunciaba la muerte del llanto y entonces C me contó un sueño.

Estoy libre y ligero, libre de nada y de todo, libre de las ataduras que sujetaban mi memoria a postes de teléfono con sus cables cortados, libre de la obligación a volver, de la obligación de mirar con los ojos de una nuca calva, ligero porque todo eso de lo que me he liberado pesaba mucho. La chimenea me sonríe y me cuenta que ha visto pasar a mi sonrisa, la chimenea me mira con ojo de crema, con su ojo rómbico y polifémico, más alegre que nunca porque hoy amaneció una mañana con luz.

Cómo pesa el hilo del recuerdo, cómo aprietan los grilletes de la memoria, cuando la memoria se ahoga en el océano turbulento de lo mal recordado. Trozos del pasado afilados como agujas que se clavan en nuestros ojos para cegar nuestra vista, para impedir que veamos la belleza oculta del mendigo que por las papeleras busca la muerte sin encontrarla.

Todo lo llorado ha servido para limpiar los restos de comida que se habían quedado secos y pegados a las paredes de mi cazuela, como percebes del tiempo, de ese tiempo que no se olvida. Dejarse llevar por el río de lágrimas siempre conduce a un estuario de aguas tranquilas aunque también puedes adentrarte en el marjal y creer volver a estar perdido, incluso a falta de escasos metros de la salida a aguas abiertas, como les ocurrió a Katherine Hepburn y a Humphrey Bogart en *La Reina de África*, como tantas veces me ha ocurrido a mí mismo en los marjales de mi vida. Pero aunque mil sanguijuelas te sequen la sangre, has de aguantar y saber que hay aguas más claras y si no, más vale que te ahogues y te ahorres malos pesares.

Cuando te encuentras nadando en un río de lágrimas ya nada duele porque el llanto es analgésico, y te acabas preguntando por el sentido de esas lágrimas, por la lógica del llanto, y te sientes plañidera mercenaria, desahogando los ahogados pesares de ese amigo que tanto amodias, al que saludas en el espejo de las mañanas, achicando esa agua salada que amenaza con hundir tu agujereada nave.
¡y si se hunde, qué más da!

Sabemos flotar. Podemos hacernos el muerto y descansar sobre la superficie del mar. Al mar se le puede engañar fácilmente y si te cree difunto no te arrastrará a sus fondos asesinos, dejándote flotar sobre su delicada piel. Pero el problema es que así no se avanza, sólo avanza tu vejez, tiempo sin vida, y te tienes que plantear el riesgo de nadar, el riesgo de tragar agua, de anegarte los pulmones y de morir de verdad, sin teatro, sin careta, con tu cara de muerto sincero, sin tapujos ni engaños. El acto más sincero del ser humano es su verdadera muerte.

No tenemos alma, pero sí un ventilador escondido en nuestro cuerpo. Unos lo tienen en los ventrículos de su corazón, otros en la corteza de su cerebro o dentro de él, otros lo tienen entre las manos a modo de abanico español y algunos lo guardan en los bolsillos para que les ventile sus partes pudendas, o impudendas, y eso si tienen roto el forro del bolsillo porque si no sólo les ventilará la billetera. Cuántos ventiladores averiados he podido ver, cuántos seres asfixiados por el sofocante calor de su sangre. Si no te ventilas acabas explotando como un globo de feria pinchado por el niño de torpes manos.

La hiperventilación tampoco es muy aconsejable porque te puede lanzar a la estratosfera, y si no tienes nave adecuada morirás en aquellas alturas abisales. Pertrecha la nave antes de zarpar pero zarpa, no te quedes toda tu vida pertrechando.

Siempre viva ordena la cueva y yo comienzo a nadar poco a poco más lejos. Tengo que cultivar algas en mi envase, porque los girasoles se han quedado mustios y no son buenos para comer, sus pipas me aburren y ahora quiero divertir a mis ojos y mis oídos, quiero hacerles regalos y agradecerles su sincera amistad. También con mi lengua y mis dedos estoy en deuda y con ellos quiero cumplir y corresponder, porque su amistad es algo de gran valor y no se debe menospreciar.

Con las fotografías nunca tuve una relación muy amistosa, pero al menos ahora puedo mirarlas a la cara sin sentir el peso de su marco sobre mis hombros. Los hilos de acero que tensaban mi memoria ahora son pelos rasurados que forman alfombra sobre la que camino.

Gracias paladar por convertir las once de la mañana en celda monacal o en romería de agosto, gracias también por abrir el tetrabrik cotidiano y dejar que entre aire viciado que pudra y corrompa lo envasado, por evitar cada día que me convierta en envase conservador o en conserva desecada, gracias por corromper mi pensamiento además de mi vida y no permitir que el vacío asegure mi imperecibilidad, gracias por convertir cada mañana en una aventura, no siempre de final feliz, y transformar un simple café con croissant en novela y concierto. Gracias también a vosotros ojos y oídos porque me habéis enseñado a hablar con chimeneas, charcos luminosos, pingüinos, búhos o picapapeles, porque me impelisteis a sumergirme en duros asfaltos impidiendo que me hiciera el muerto para flotar en su alquitranada superficie, gracias por ayudarme a soportar el dolor que una piel desgarrada por la piedra siente de manera continua y aguda. Y a vosotros, dedos y nariz, no puedo por menos que pedir os ayuda en un futuro alentador, solicitar vuestra presencia diaria y rogaros el perdón que necesito por haberme olvidado de vuestra vieja amistad.

A todos vosotros gracias de corazón, amigos sinceros y verdaderos, fieles compañeros de pasadas aventuras y futuros viajes inmóviles. No dejéis que os vuelva a olvidar, despertadme si me quedo dormido en la superficie, hundidme, hundidme aunque me asuste y crea asfixiarme, tirad siempre de mí hacia abajo. No quiero ni conservantes ni colorantes en mis sueños, aún a riesgo de que pasado mañana no sirvan para nada por caducos, rancios y mohosos.

Como el viento, que no se ve pero mueve los árboles, tampoco puedo contemplar el aire que impulsa mi vida, sólo sé que no admite envase ni vacío.

Poco más tengo ya que decir, no puedo acabar siquiera este cuaderno, el viaje a la última casa me espera y los hilos rotos de los postes telegráficos, que antes eran cadenas de gruesos eslabones, ondulan en su roto colgar al viento que el tiempo insufla, contento porque sí. El tiempo contento porque sí, ¿por qué no?, el tiempo contento por el mero hecho de saber que es Dios pero que nadie así le llama, contento por ver morir a un niño y contemplar el nacimiento de un viejo, contento porque no puede estar de otra manera, estar triste supondría una contrariedad en su vida y no hay traba posible ni indisposición probable, ni caída, ni retraso, ni insulto, ni patada, ni enfermedad, ni mala suerte que pueda empecer su devenir.

Pero sin embargo todos son motivos para su alegría, incluso la muerte de un niño, o el atropello de un perro, porque el tiempo se acaricia a sí mismo, es el único hermafrodita fértil, porque no es vertical como el faro, porque el tiempo es amorfo, amorfidad integral y divina que no puede ser comprendida por la formada mente formada del humano moldeado.

¿Pero se puede ser amigo del tiempo?

Claro que sí; solo que no ha de confundirse ese tiempo con el tiempo basura, es como los que confunden a Dios con un cristo envasado. También se puede ser amigo de la imagen y del reloj, pero esta clase de amigos te abandonan en las contrariedades y no puedes contar con ellos en los momentos más duros.

Ni la prisa ni el ruido escapan a mi paso, la una no se amilana cuando la increpo y el otro no se despega de mi piel. Tendré que acostumbrarme a su presencia, a su continuo merodeo, a su pendular encuentro, a su remorez vitalicia.

Las mañanas de tímida luz son burlonas y algo chuscas, las promesas salen de sus ojos como ladrido de perro y amedrentan a los maniqués anoréxicos que rezan tras su escaparate por una noche eterna de bombillas privadas.

Pero hay maniqués de lujuriosa presencia, a estos les es indiferente el día y la noche, su sexo virtual es indolente a la luz, cuando les miras te chillan obscenidades y se quedan riendo después que reemprendes tu camino. Porque el maniqué lujurioso no tiene el sexo venal de las putas, son parias de la libido, intocables sempiternos que marcan de por vida al que intente traspasar la frontera de su intocabilidad; ningún río purificador lavará la deshonra del que trate realizar lo que sólo es virtual. Pero la fantasía puede, a ella sí le dan permiso para amar al maniqué o al mendigo, sólo ella goza del goce omnipresente.

Estoy harto de pertrechar mi nave, sólo quiero bucear y descubrir esos mundos subasfálticos que intuyo en las cercanías de mi vida, pero he de acabar lo empezado, he de acondicionar el agujero que permita recuperar el oxígeno consumido en cada exploración, he de conseguir que Siempreviva agarre en su interior como flor de roca que es, pero ella no gusta de cualquier pedrusco y exige rigor en la ubicación.

La prisa y el ruido ya no se irán de mi presencia porque las necesito para numerarme a final de mes, para numerarme con la cifra menos pitagórica que existe, la que te permite comer del basurero. Ni la gaviota necesita ese número, esa cantidad, para husmear en la basura. Pero nosotros no somos gaviotas, ni yo soy mendigo.

Mi sonrisa pasó por aquí, me lo dijo el pez palabrero, que la vio. Ya sé donde se dirige, se va hacia la última casa pues le prometí que continuaríamos aquel viaje que un día emprendimos juntos, pero que se vio truncado por un destorramiento prematuro.

Sí, sé que allí la encontraré, sé que en algún punto del camino me toparé con ella y le diré que ya no soy torrero sin torre, sino torre que busca una luz con que tocarse la cabeza.

La metamorfosis continuará y mi envase seguirá tragándome mañana tras mañana, con luz o sin luz, hasta que el tiempo basura me dé permiso para descansar. No quiero que se me basurice el corazón, no quiero dejar de querer corromper el aire envasado que me obligan a respirar, no quiero descubrir el vacío que te preserva de la herrumbre, no quiero acabar este cuaderno, prefiero dejar sus hojas finales en blanco, no quiero cerrar la tapa que me lance al abismo desfoliado.

Me olvida el acantilado.